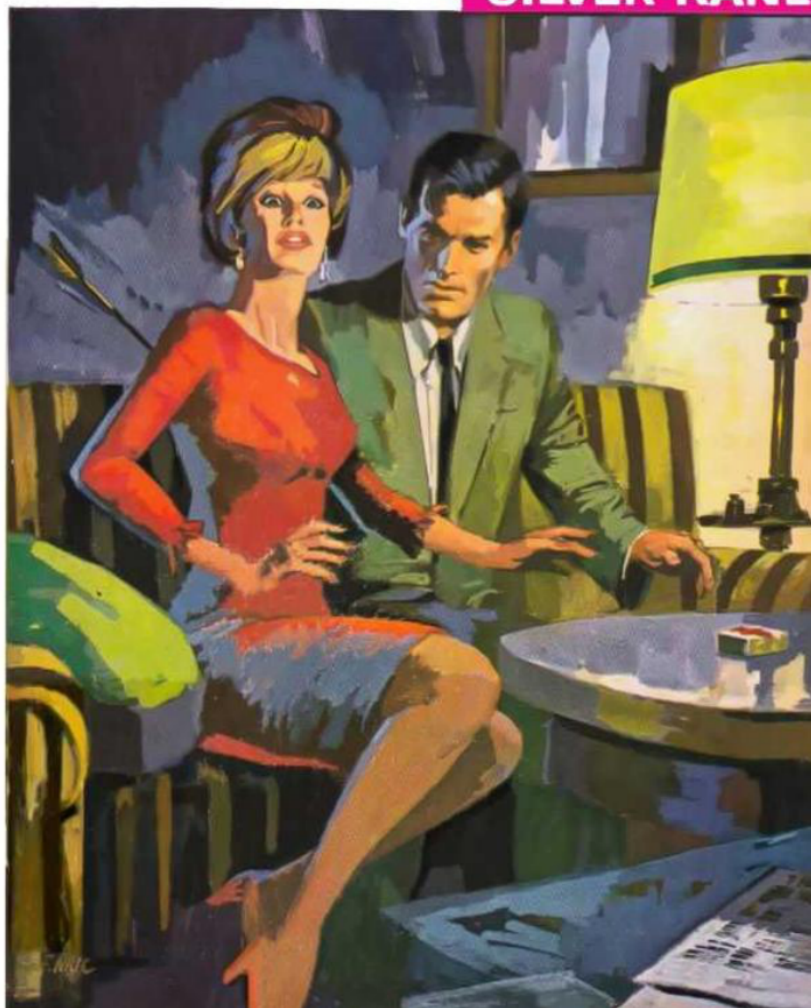


BOLSILIBROS
BRUGUERA
 SERIE
**PUNTO
ROJO**

dinero mortal

SILVER KANE



COLECCIÓN

PUNTO ROJO



SILVER KANE

DINERO MORTAL

Colección PUNTO ROJO n.º 456

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal B 44.025 - 1970

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: enero, 1971

© SILVER KANE - 1971

sobre la parte literaria

© ENRIQUE MARTIN - 1971

sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BISONTE:
1.198.— La asesina del vestido rojo.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.061.— El comando.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
738.— Infierno: capital Dodge City.
- En Colección KANSAS:
629.— Buscado por asesino.
- En Colección BUFALO:
898.— Un pistolero en Fort Diablo.
- En Colección ASES DEL OESTE:
502.— Ni más ni menos que un hombre.
- En Colección BRAVO OESTE:
515.— La casa del eterno olvido.
- En Colección CALIFORNIA:
709.— Un millón para morir.
- En Colección COLORADO:
637.— Jinetes de medianoche.
- En Colección PUNTO ROJO:
451.— ¡Cuando Johnny actúa...!
- En Colección HEROES DE LA PRADERA:
55.— La noche de los ahorcados.

CAPÍTULO PRIMERO

EL HOMBRE QUE NO SE MORÍA NUNCA

No resulta fácil ser investigador privado en una ciudad como Chicago.

Palabra que no.

Antes, hacia los años 30, dicen que aquello era la monda. Que uno se forraba y que podía tener dos despachos, siete secretarias y diez o doce amiguitas. Que en la época del gangsterismo el oro corría a mano llenas entre los investigadores privados. Que daba gusto vivir, vamos, aunque a veces uno se encontraba con una bala y se moría.

Ahora es muy distinto.

Todo lo que le cae a uno son peticiones de informes comerciales, sospechas matrimoniales y, de tarde en tarde, la misión de buscar a algún jovenzuelo que ha decidido vivir su vida. Cosas sórdidas, cosas mal pagadas, cosas que le dejan a uno mal sabor de boca.

Un asco.

Tanto que a veces he pensado trasladarme a otras ciudades más prometedoras, como, por ejemplo, San Francisco. Pero tardaría en crearme una clientela, y eso me ha hecho desistir.

En fin, yo sigo trabajando en Chicago.

No sé si ustedes conocen esta ciudad, que ahora es una de las más hermosas de América.

En fin, por si no la conocen, me gustaría que se hiciesen una idea.

Chicago se halla en el Estado de Illinois, muy cerca del Estado de Indiana, y construida sobre el lago Michigan. No sólo el lago le da mucha vida, haciéndola una ciudad ideal para los amantes del deporte, sino que además tiene una enorme cantidad de parques y

espacios verdes. Los parques: Oak, La Grange, Villa, Bedford, Palos Hills, Spring... Y los bosques de White Oak, Timley, Rubio Woods, Jurgonson Woods, River Forest... En fin, uno no se siente ahogado allí, aunque a veces la niebla que viene del lago hace que los rascacielos de la Skyline (barrio del cielo, o situado junto al Michigan), parezcan extraños dedos de fantasmas señalando hacia el más allá.

Bueno, después de decirles todo esto, ustedes pensarán que yo tengo un magnífico despacho con ventanas sobre un parque.

¡Ja, ja!

Mi despacho está en la calle de Humboldt, y aunque cerca tengo el Humboldt Park, yo no lo veo porque el dichoso despachito es interior. Sólo distingo ventanas y más ventanas, y si me asomo llego a ver un trocito de cielo.

Claro que mi despacho tiene —o tenía— una ventaja.

Enfrente hay un taller de corsetería donde las chicas, de vez en cuando, paseaban con los modelitos puestos. Yo llegaba a olvidarme de los clientes y hasta de los recibos que vendrían a principio de mes. Pero desde hace una temporada, las cosas han cambiado. Las chicas no se prueban más que *panties*, que son esos horribles calzoncillos que casi llegan a la rodilla de las mujeres. Sale cada una que me recuerda a mi bisabuelo en la Guerra de Secesión. Y, claro, yo tengo mucho más tiempo para pensar en los recibos, lo cual es una lata.

También tengo una secretaria.

Ustedes pensarán: «Veinte añitos, piernas de *vedette* y delantera de campeona mundial».

Ja, ja, otra vez.

Mi secretaria es la señora Minford, que se jubiló hace dos años de la Biblioteca Municipal, sección de Arqueología. Lleva faldas hasta los tobillos (con lo cual no sabe el favor que nos hace) y un lacito blanco en la parte más alta del cuello. Controla mis clientes, mis gastos y mis salidas, y me lleva más disciplinado que a un colegial. Cada vez que leo una de esas revistas que a mí me gustan, con chicas ligeritas de ropa, y ella entra, tengo que esconderla debajo de la mesa.

¿Qué por qué la agunto?

Bueno, en primer lugar porque me sale barata. En segundo

lugar, por su sobrina.

Su sobrina se llama Lyn.

Lyn viene cada vez que la señora Minford pilla la gripe, lo cual yo quisiera que pasase un día sí y otro también. Pero hasta ahora sólo ha ocurrido dos veces en un año. La primera vez que Lyn se presentó no di una a derechas. Tenía que dar informes matrimoniales sobre la infidelidad de una mujer, y en lugar de perseguir a la mujer perseguí al marido, que era mi cliente (lo cual me sirvió para saber que el tío también, vaya, vaya...). La segunda vez que vino Lyn, yo salté más o menos por encima de la mesa y traté de besarla. Ella me arreó un guantazo que me hizo volver al asiento, y entonces me enteré de que, además de ser una chica succulenta, era también campeona de judo. Pero no perdí las esperanzas de que las cosas se pusieran bien.

Por eso, cada vez que la señora Minford saca el pañuelo, yo corro amorosamente a su encuentro, le doy unos golpecitos en la espalda y me pongo a gritar: «¡Tómese un par de semanas de descanso! ¡Tiene usted la gripe!».

Pero no hay manera.

Ella sonríe con expresión de mujer que ha de ganarse el pan y murmura valientemente:

—No se preocupe, señor Norton. Aguantaré.

Porque yo me llamo Phil Norton.

Aún no lo había dicho.

Tengo un físico que no está mal, aunque en honor a la verdad he de decir que tampoco las mujeres se caen muertas a mi paso. Mido uno setenta y cinco. Peso ochenta kilos. Tengo buena musculatura, porque me he entrenado bastante. Mi pegada no es mala, pero hay otros que la tienen mejor que yo. Llevé un ojo morado durante dos semanas un día en que tuve que comprobar eso.

Gano lo suficiente para vivir, pero hay meses malos, y entonces me cargo de deudas.

En fin, ahora ya conocen mi ciudad y me conocen a mí.

Lástima que no conozcan a Lyn.

Paciencia, amigos.

Quizá haya llegado el momento de conocer al hombre que no se moría nunca.

La primera vez que me tropecé con él fue enfrente del despacho,

es decir en la calle Humboldt. Yo salía y me disponía a atravesar la calzada. El tío, que debía tener unos treinta años e iba bien vestido, iba a hacer lo mismo. Estábamos uno frente al otro en la calle más bien tranquila y solitaria.

De pronto me detuve.

El coche que venía hacia nosotros había enfilado la calle a gran velocidad. Era una velocidad suicida, frenética.

Yo lo vi perfectamente, pero aquel hombre no lo vio.

Iba muy distraído. Parecía pensar en las piernas de alguna chica parecida a Lyn.

No tuve tiempo ni de gritar: «¡Cuidado!».

El coche ya estaba encima suyo cuando el fulano se dio cuenta de lo que ocurría. No le quedaba tiempo ni de saltar. No le quedaba tiempo de nada. Cayó al suelo y el coche le pasó por encima.

Yo me llevé las manos a la boca.

La sorpresa había sido tan grande que me dejó paralizado.

Me hubiera gustado salvar a aquel tipo, pero no pude. Todo sucedió tan rápidamente que mis reflejos no tuvieron tiempo de actuar, pese a ser yo un hombre entrenado. Cuando el coche pasó, doblando velozmente en dirección a la calle Fullerton, yo corrí hacia el centro de la calzada disponiéndome a recoger un cadáver.

No necesito explicar mi sorpresa cuando el fulano se levantó tranquilamente y se sacudió el polvo de las ropas. No tenía ni la más pequeña herida. Todo lo que dijo fue:

—¡Uf! ¡Menos mal!

Me quedé viendo visiones.

¡Aquello no era posible!

El fulano me miró y encima sonrió como disculpándose por el mal rato que me había dado.

—Hay algunos locos del volante —dijo— que son realmente un peligro público. No entiendo cómo no les quitan el carnet de conducir.

—Pero oiga... —farfullé—. ¡El coche le ha pasado por encima!

—He tenido suerte. Me tiré justo en el momento en que iba a arrollarme, y he quedado en el centro de las cuatro ruedas. Vea: ni una rozadura. Pero aún no entiendo cómo estoy vivo.

—Menos lo entiendo yo.

—En fin, cursaré una denuncia —dijo con la mayor tranquilidad

—. ¿Ha podido tomar la matrícula?

—No, no me ha dado tiempo, a pesar de que he pensado en tomarla. Por un momento he tenido la sensación de... de...

—¿De qué?

—Realmente me ha parecido que eso no era casual. Que han tratado de matarle a propósito.

El tipo sonrió otra vez, como disculpándose de antemano por la memez que yo acababa de decir.

—¿Matarme a mí? ¿Por qué? ¿No tiene usted demasiada imaginación, amigo? ¿A qué se dedica? ¿No será por casualidad agente de seguros sobre la vida?

—No, nada de eso. Soy investigador privado.

—¿Lo ve? Demasiada imaginación. Ustedes huelen crímenes en todas parte. En fin... Tal vez usted esté buscando un nuevo cliente.

—No es que me sobren, pero tampoco me faltan —dije con dignidad—. No busco clientes, señor...

—Taylor —dijo velozmente—. Me llamo Bud Taylor.

Y me puso amistosamente la mano en la espalda, como queriendo disculparse por su anterior suposición.

—Creo que le he ofendido —añadió—. Perdone, ya comprendo que usted solo quería ayudarme. ¿Me permite que le invite a una copa?

Y me señaló el bar que está junto a mi despacho, y del cual soy cliente —y deudor— empedernido.

Momentos después estábamos los dos ante un *bourbon* doble, y Taylor me pasó una tarjeta.

Supe por ella que se dedicaba a negocios inmobiliarios. Compra y venta de fincas y cosas así.

—No crea que han tratado de matarme —susurró—. Eso no es posible. Yo no tengo enemigos.

—Pues *a mí* me ha parecido que aquella mujer...

—¿Qué dice?...

—Aquella mujer: la que iba en el coche.

Taylor me cortó bruscamente.

—A mí me ha parecido un hombre —proclamó.

—Iba vestida de hombre y con el pelo corto, pero era una mujer, estoy seguro.

Taylor se atizó un trago que dejó el vaso como en los tiempos de

la ley seca.

—Tal vez sí... —murmuró—. Ahora con esas modas del «unisex», en que hombres y mujeres van vestidos igual, uno se arma unos líos tremendos. Antes un hombre honrado sabía dónde se metía, pero ahora... ¡qué diablos! Ahora largas un pellizco en el autobús y resulta que has estado sobando a un inspector de impuestos. Es para morirse, amigo... Bueno, pero yo estoy seguro de que al volante iba un hombre.

No quise discutirlo.

Tampoco íbamos a resolver nada, porque al fin y al cabo aquella especie de loca del volante ya se había largado.

De modo que charlamos de cosas indiferentes, él pagó y nos separamos.

Él se quedó mi tarjeta y yo la suya.

Pero en el momento de despedirnos me dijo:

—No tema que venga a visitarle nunca, amigo. ¡Yo no tengo líos...!

Yo me quedé tan conforme. Pensé que no iba a verle nunca más. Sin embargo me equivocaba.

Le vi tres días más tarde, en el cruce de las calles Pulaski y Marquette, muy cerca del Chicago Midway Airport. En el cruce de esas dos calles se está construyendo un edificio de unos treinta pisos, cuya estructura de acero ya se eleva notablemente por entre las casas vecinas. Era de noche y los obreros ya habían terminado su trabajo, de modo que el cruce estaba solitario. Igual que la calle Humboldt cuando Taylor y yo nos encontramos por primera vez. Ahora la situación fue muy semejante. Taylor y yo íbamos a cruzarnos. Él se hallaba ya materialmente bajo el edificio en construcción.

Esta vez sí que llegué a gritar:

—¡Cuidadooooo...!

Había visto la figura humana que emergía brevemente a la altura del cuarto piso. Y había visto la viga corta, de unos ochenta kilos de peso, que se desplomaba desde allí.

Taylor saltó hacia atrás.

Lo hizo con una precisión increíble, cuando yo me llevaba las manos a la cabeza, pensando que esta vez su ángel de la guarda se habría ido de vacaciones al Caribe.

Pero no. Su ángel de la guarda siguió mostrándose muy vigilante. Estuvo al quite. ¡Y de qué manera!

La viga casi rozó a Taylor, pero no le hizo ningún daño. Al caer de punta, quedó materialmente empotrada en el suelo, produciendo un hueco de al menos cuatro palmos de profundidad. No resultaba difícil imaginar lo que hubiera sido de Taylor si en lugar de estar el suelo llega a estar su cabeza.

Él me miró.

No parecía sentir ningún miedo.

Sólo dijo:

—¡Usted...!

Me llevé una mano a la boca, le sostuve con la otra y miré hacia arriba. Aunque tengo vista de halcón, no llegué a captar ninguna presencia humana. Sin embargo estoy seguro de que poco antes había visto a alguien dejando caer la viga.

Una mujer.

Una mujer que además se parecía a la del coche.

Yo no estaba seguro de nada, pero a partir de entonces la idea ya no me dejó un momento. Y les aseguro que no era por deformación profesional.

Taylor estaba diciendo:

—No sé si usted me da buena suerte o mala. Siempre que le veo me ocurre un accidente. ¡Y siempre me salvo!

—Las cosas no ocurren por casualidad, Taylor. Por lo menos no ocurren casualmente dos veces.

—¿Qué quiere decir?...

—Me ha parecido ver una silueta de mujer lanzando esa viga desde el cuarto piso.

—Mandangas. Una viga puede caer fácilmente desde un edificio en construcción. A veces ocurre.

—Sí, y también hay muchos locos del volante, como el del otro día, pero no aceleran en lugar de frenar cuando a uno van a atropellarle. Más vale que despierte de una vez, Taylor. Están intentando matarle. Sólo por milagro no lo han conseguido hasta ahora.

—¿Matarme? ¡Qué cosas dice! ¿Quién iba a pretender una cosa así?

—Una mujer.

—¿Una mujer?...

—Sí, una cualquiera. ¡Usted sabrá, cuerno! ¡Pero estoy seguro de que las dos veces he visto lo mismo!

—Ni pensarlo, señor Norton. Ninguna mujer me odia.

—¡Pues será una loca! ¡Pero la tiene tomada con usted, Taylor! ¡Y apuesto la peluca de mi secretaria a que va a conseguir enviarlo a la tumba!

Taylor casi se molestó.

De pronto me miró con recelo, casi con odio, como si yo le molestase. Como si con mi voz no hubiese ayudado a salvarle la vida.

—Déjeme —murmuró—. ¡Váyase al diablo! ¡Déjeme!

Yo le sujeté por un brazo.

Su actitud me pareció la más absurda, la más antinatural del mundo.

Fue entonces cuando se lo pregunté por primera vez.

Pregunté:

—Señor Taylor... ¿a quién está tratando usted de encubrir?...

Durante una semana entera no volví a verlo, y la verdad es que tampoco volví a pensar en él. La señora Minford había atrapado, ¡por fin!, una nueva gripe. Había venido a sustituirla su sobrina Lyn, y la muy condenada me demostró enseguida que su ligero ya no era rosa, sino azul celeste. Otra vez volví a saltar sobre la mesa, otra vez me largó un guantazo y yo tuve que dejar que de momento la eliminatoria quedara dos a cero a favor suyo.

Fue por entonces cuando volví a ver a Taylor.

El muy bestia estaba bañándose en el lago, a pesar de que el día era neblinoso y hacía un frío de todos los diablos. Yo me estaba bañando igualmente.

Claro que usted, amigo lector, dirá: «¡Pues tú también eres un bestia!».

No, no. Perdón. Yo sólo era un pícaro. Lyn me había dicho que iba a entrenarse a la playa todos los días del año, y yo quería sorprenderla. Quería saber lo que pasaba entre ella y yo sin que hubiera una mesa de por medio.

Pero Lyn no apareció. Y en cambio vi a Taylor.

El fulano nadaba rítmicamente.

Estaba en una zona de aguas poco profundas, y además se

notaba que era un buen nadador. Por lo tanto no existía ningún peligro para él, y me dije que esta vez sí que no iba a ocurrirle ningún accidente.

¿No?

No había hecho más que mirarle cuando las cosas empezaron a ponerse feas. De pronto vi que Taylor dejaba de nadar. De pronto vi que se hundía. De pronto noté que braceaba desesperadamente.

Me lancé al agua también, nadando como un rayo para alcanzarle.

De él sólo sobresalía la mano, una mano que se movía angustiosamente. Sin duda Taylor estaba tragando toneladas de agua. Si llegamos a estar en el Caribe habría pensado enseguida en la presencia de un tiburón. Pero en el lago Michigan no hay tiburones. No hay ni siquiera una mala sirena que llevarse a la boca, digo al apartamento de uno.

Lo que pensé estaba muy claro para mí.

Sin duda alguien provisto de equipo de inmersión y una botella de oxígeno, había nadado por debajo de Taylor, sujetándole los pies y tirando de él hacia abajo. Lo soltaría cuando se hubiese ahogado, y parecería un accidente más o menos normal. La cosa estaba perfecta.

Claro que no habían contado conmigo.

Soy un buen nadador.

Y me imaginé que la que estaba en peligro era Lyn, de modo que no quiera usted saber lo aprisa que fui. No hubiera corrido más ni aunque me hubieran puesto delante un monokini con chica dentro.

Pero antes de llegar a Taylor, tuve la idea de hacer una breve inmersión. Quería saber lo que había debajo.

Y, en efecto, la vi.

Aunque el día era neblinoso y por lo tanto las aguas estaban oscuras, pude distinguir las turbadoras formas femeninas de la individua que estaba debajo. Llevaba un bikini negro, y la cabeza cubierta con una máscara a la que iba acoplada una botella de oxígeno. Aunque no le pude ver bien la cara, en toda ella hubo algo familiar; yo estuve seguro de que no era la primera, sino la tercera vez que la veía.

Ella también me vio a mí.

Soltó entonces a Taylor, giró con la agilidad de un pez y se

perdió velozmente entre las brumas del agua. Su presencia había durado lo que dura una aparición.

Yo pensé en seguirla, y hasta di unas brazadas por debajo del agua, pero pronto desistí de mi propósito. En primer lugar, lo más urgente era salvar a Taylor, que parecía haber perdido el sentido y aún flotaba entre dos aguas. En segundo lugar, nunca atraparía por debajo del agua a una mujer provista de máscara, botella de oxígeno y pies de pato. De modo que desistí. Además, aún estaba resollando después de la carrera que había hecho.

Cuando llevé a Taylor a la arena, ya no podía más.

Me tendí a su lado y le hice la respiración artificial, aunque casi no hacía falta. El tío reaccionó enseguida.

Y me miró con ojos nublados, como si no comprendiese.

—¡Usted...!

—Sí, yo, señor Taylor. Y esta vez no va a venirme con la memez de que también ha sido un accidente.

—No comprendo cómo ha podido suceder. Me enredé con unas algas.

—En el sitio en que estaba no hay algas, señor Taylor. Además he visto perfectamente a la mujer. Estaba tirando de usted hacia abajo.

Pareció enojarse también ante mis palabras.

Sus facciones se volvieron grises.

—¡No me venga con sus cuentos de investigador privado, señor Norton! ¡Aquí nadie trata de matar a nadie!

—¡Está bien! ¡Puesto que usted quiere irse de cabeza a la tumba, seré yo quien cumpla con un deber de ciudadanía! ¡Denunciaré a la policía los hechos, ya que usted se calla!

—¡Y yo los negaré, señor Norton! ¡Diré que nada de lo que usted explica es cierto!

Me quedé sin habla.

Yo estoy en excelentes relaciones con la policía (por eso soy pobre) y seguramente me creerían, pero no hasta ese extremo. Hasta podrían creer que yo buscaba un beneficio económico enredando a un pobre hombre, lo cual iría en perjuicio de mi reputación.

—Taylor —mascullé al cabo de unos instantes—, hace tiempo le formulé una pregunta que usted no contestó, y por eso he de

formularla otra vez. ¿A quién trata de encubrir? Usted conoce a la persona que trata de matarle. ¿Por qué no la denuncia? ¿Por qué se queda quieto esperando que ella acabe consiguiendo su propósito?

Taylor vaciló.

Mi pregunta, por lo directa, parecía haberle desconcertado.

Pero de pronto se encogió de hombros y emitió una risita de conejo.

—Usted navega, señor Norton —dijo—. No hay nada de lo que piensa. Todo han sido casualidades.

Yo casi escupí las palabras:

—¡Váyase al infierno...!

Y me levanté para largarme. Pero él me sujetó por un brazo temblorosamente.

—Señor Norton, le debo la vida. Con algas o sin algas, yo no hubiera salido de allí de no ser por usted. Usted es mi amigo, el mejor amigo que tengo.

—Pues no lo parece.

—Quiero que me conozca. Quiero que se convenza de que nadie puede querer matarme. Uno no puede juzgar a un semejante sin estar en su ambiente. ¿Por qué no viene a comer a mi casa? Venga mañana mismo.

Yo acepté.

—Iré —dije—, iré mañana al mediodía. ¿Pero sabe por qué lo hago, Taylor? ¡Quiero saber si hasta en una ocasión tan inocente como una comida ocurre algo! ¡Quiero saber si se le cae la sopera encima...!

Al día siguiente fui.

El pájaro vivía en un buen sitio, en una casa de apartamentos frente al lago. El ambiente era casi lujoso. Tenía un piso de cuatro habitaciones lo que no es frecuente en Chicago, en el que sólo vivían su mujer y él.

Su mujer estaba sentada con las piernas cruzadas cuando yo entré.

Y siguió sentada cuando me acerqué, tendiéndome la mano para que yo se la besase.

Pero yo no vi su mano.

Vi otras cosas.

¡Que... que... que...!

«¡Alto, alto! ¡No siga usted!». (Esto me lo ha dicho el editor, que ha entrado justamente cuando yo estaba escribiendo estas líneas).

De modo que no sigo. O sigo de otra manera.

Le besé la mano.

—Celebro conocerlo —dijo ella con voz encantadoramente musical—. Mi marido me ha hablado mucho de usted. Según parece, siempre que se encuentran le ocurre un accidente sin consecuencias.

—Más o menos es así.

—No sé si le gustará nuestro ambiente o mi modo de cocinar, señor Norton. De verdad que sentiría causarle una impresión desagradable. He preparado una comida a base de pescado y mariscos.

—Hum... Me encantan.

Y me encantaron, la verdad. La comida era pantagruélica. Claro que sobre el modo de cocinar de la señora Taylor no puedo dar ninguna opinión, porque la muy bestia se había dejado por allí hasta la factura del restaurante «servicio a domicilio».

Pero había querido causarme una buena impresión, y eso era lo que contaba.

Ella estuvo encantadora.

Se llamaba Nancy.

Era una de esas mujeres que le hacen perder el «quid» a uno, que se le suben a la cabeza sin darse cuenta, como una botella de champaña.

Nuestra conversación fue muy animada. Tratamos de mil temas diversos, y acabamos contando una larga retahíla de chistes no aptos para el palacio episcopal. Nunca he visto una risa más sana que la de Nancy Taylor. Nunca he visto un modo tan sugestivo de sentarse, excepto en el caso de Lyn.

Cuando estábamos tomando café, Taylor chascó dos dedos con un gesto de fastidio.

—¡Maldita sea! Ahora recuerdo que no tengo cigarros.

—Es igual, no se preocupe. Fumaremos cigarrillos. Yo llevo.

—Una buena comida no termina dignamente sin un buen cigarro —opinó él, con muchísima razón, qué cuerno—, de modo que nos fumaremos uno cada uno. Voy a comprarlos en dos minutos. La tienda está en la esquina.

Yo no le puse ningún obstáculo más.

La verdad era que aquella circunstancia inesperada favorecía mis planes, y decidí aprovecharla. Quería quedarme a solas con la mujer.

Y cuando Nancy y yo nos encontramos sin testigos en el salón, mi tono cambió bruscamente.

Me convertí en el tío mula que soy a veces. La miré fijamente y dije:

—Tienes unas piernas de campeonato, nena.

—¿Ah, sí?

—Y una cara de piedra.

Eso ya no pareció gustarle tanto.

Preguntó:

—¿Por qué?

—Eso ya te lo diré a su tiempo, muñeca.

Había advertido que la muchacha y la agresora de Taylor, eran una misma persona.

Pese a su belleza, Nancy me daba tanto asco que disparé mi puño derecho.

Si no la toqué, fue porque en el último instante me arrepentí y no profundicé en el golpe. Y porque ella esquivó echando la cabeza hacia atrás y flexionando la cintura con la perfección que hubiera tenido un boxeador en el *ring*. Nos quedamos los dos mirándonos, con las bocas levemente abiertas. De pronto pensé en lo bonito que sería besar a aquella mujer. Y ella pensó en lo bonito que sería romperme la cara.

Por eso no nos movimos: porque las cosas bonitas no se hacen. Y al final musité con un soplo de voz esta simple pregunta:

—¿Por qué?...

—¿Por qué?... —retrucó ella—. No te entiendo.

—Seré más claro: ¿Por qué has intentado matarle ya tres veces?

Ella no contestó. Fue hacia una mesita, tomó un paquete de cigarrillos que descansaba en ella y encendió uno con una calma que helaba la sangre en las venas. Luego se volvió hacia mí.

—Vete al infierno —fue todo lo que dijo.

Reí silenciosamente.

—Es inútil que trates de disimular ahora, muñeca. El día del coche ibas vestida de hombre, pero pude verte con relativa

perfección y me di cuenta de que eras tú. El día del edificio en construcción también pude divisar tu figura. Y, por fin, en el lago Michigan, no te vi la cara, pero en cambio vi muy bien tu cuerpo. No nos engañemos. Eras tú. Sería estúpido que trataras de negarlo ahora.

Ella no negó ni afirmó; no dijo nada. Se limitó a seguir mirándome burlonamente.

—Por otra parte, si él trata de disimular, si él te cubre incluso, es porque eres su esposa y te ama. Debe amarte mucho para aguantar una situación así. Quizá porque eres una belleza, quizá porque resultas diez años más joven que él; no lo sé. Pero necesita estar loco por ti para soportar lo que está soportando.

Y añadí roncamente, repitiendo mi pregunta anterior:

—¿Por qué?...

—Son cuestiones nuestras —dijo Nancy tranquilamente.

—¿Ha hecho un seguro de vida? ¿Un seguro fuerte?

—Sí.

—¿Cuánto?

—Medio millón de dólares.

Lancé un silbido.

—Es una bonita suma —dije—. Una suma por la cual vale la pena deshacerse de un marido complaciente. Y quizá hay algo más... ¿Hay ya algún otro hombre? ¿Algún buitro que se esté afilando el pico para darse un banquete contigo en cuanto tengáis el cadáver?

—Si hubiese otro hombre, a ti no te importa. Además, no puedes ir a ninguna parte con tus acusaciones. No tienes pruebas.

Me mordí salvajemente el labio inferior.

Era verdad. Y eso fue lo que me dio más rabia: que lo fuera.

—No tienes pruebas —masculló—. Si tratas de acusarme por lo que ha sucedido, se reirán de ti. Joe (Joe era el nombre de pila de Taylor) negará todo lo que tú afirmes. No conseguirás nada, salvo arruinar el poco prestigio que tienes. Ya sé que eres un detective privado. Ten cuidado con lo que haces.

—Nunca he visto una criminal más cínica, más repugnante que tú —dije con voz lenta.

—Todavía no soy una criminal.

—Esperas serlo pronto, ¿no?

Ella se encogió de hombros mientras reía cínicamente.

No pude más. Era superior a mis fuerzas. He visto perras de todas clases, pero Nancy Taylor pasaba de la raya. Sentí que de pronto mis manos iban hacia ella, la sujeté por el vestido y la zarandeé. Su cuerpo fue y vino, fue y vino... Un par de veces chocó contra mi pecho y un par de veces sus labios casi rozaron mis labios, pero juro que no sentí apenas ninguna impresión. Mi odio era tan grande que estaba por encima de la mano, sin acordarme de que la dejaría marcada, de su belleza. E iba ya a partirle la boca con el canto cuando de pronto la puerta a nuestras espaldas se abrió.

Taylor estaba de regreso. La solté bruscamente y ella quedó sentada en el diván. La muy maldita recogió el cigarrillo que había caído al suelo, se lo puso entre los labios y volvió a cruzar las piernas.

Todo un panorama de seducción.

Como si no hubiera pasado nada.

Joe Taylor entró sonriendo, llevando una caja de cigarros bajo el brazo, y me preguntó guiñándome un ojo:

—Apuesto a que os habéis hecho grandes amigos. ¿Eh? ¿Te has dado cuenta qué mujercita?

No le rompí la cara porque el médico de urgencia al que hubiese tenido que llamar luego lo menos me hubiera birlado diez dólares.

CAPÍTULO II

EL HOMBRE QUE AL FIN MURIÓ

Durante una semana, después de aquellos sucesos, decidí desentenderme del asunto. Estaba ya harto de aquellas situaciones; quería olvidarme de Taylor fuese como fuese.

Pero al cabo de una semana mi conciencia me dijo que yo estaba obrando como una hiena. No podía dejar las cosas así. Había grandes probabilidades de que se cometiera un crimen y yo tenía que hacer algo por evitarlo.

De modo que llamé a Joe Taylor.

Sorprendentemente, el tipo estaba vivo y parecía gozar de un excelente humor.

—¿Qué hay, amigo Norton? ¿Para qué me llama?

—Tengo que darle una mala noticia, Taylor, aunque supongo que usted ya la sabe mejor que yo. Se trata de su mujer y de los «accidentes» que hace poco han estado a punto de costarle la vida.

—¿Qué tiene que ver mi mujer con eso?

—¿No lo sabe?

—Con franqueza, no.

—Taylor, se puede ser bestia, pero no tanto. A este paso le harán senador de los Estados Unidos.

—No sé a dónde quiere ir a parar, Norton.

Su voz era agresiva.

Yo le dije adonde quería ir a parar. ¡Vaya si se lo dije! Le solté todo lo que había visto y todo lo que habíamos hablado Nancy y yo. Pero él no parecía entenderme. Encima, aún lo negaba.

—Que no, Norton, que no... Que son simples apariencias...

—¡Narices! ¿Es que no me entiende, Taylor? ¡Si le resulta difícil hacerse cargo por teléfono, nos veremos en cualquier sitio y se lo

diré a la cara! ¡Dígame dónde! ¡Iré al sitio y a la hora que usted me diga!

—De acuerdo... Dentro de media hora en el bar de Prescott.

El bar de Prescott era el sitio donde nos habíamos reunido a beber por primera vez.

Fui.

Naturalmente que fui.

Y me tiré allí media hora. Y dos. Menos mal que Prescott era amigo mío, porque de lo contrario me hubiera puesto con el cubo de las basuras en la puerta.

Al fin, cansado de esperar, llamé otra vez a Joe Taylor. Confieso que lo hice con miedo, porque pensé que tal vez en aquel rato había tenido ya el «accidente» fatal.

Pero el tío estaba vivo. Y me contestó. Y cuando le dije lo que pensaba, él me lo dijo también. Y resultó que pensaba cosas más gordas que las mías. Nos pusimos uno al otro como dos cargadores de carbón en un barcucho del mar Rojo.

Al fin me asqueó oírle.

El tipo ya me estaba insultando demasiado.

Colgué.

¡Que se fuera al diablo!

Y durante tres días conseguí olvidarme por completo, lo que se dice por completo de él.

Contribuyó mucho a ello el que se fue un par de días de vacaciones la señora Minford y vino a sustituirla Lyn.

Me gustaría explicarles de verdad cómo es Lyn, porque aún no se lo he dicho todo.

Pero es que el editor sigue aquí.

(¡En cuanto se vaya!...).

Fue al tercer día exactamente cuando leí aquel periódico. Era sábado. Casi todo el mundo había empezado a hacer fiesta por la mañana y se había largado de la ciudad, pero yo no podía permitirme esos lujos. Toda la mañana había estado tratando de resolver un caso sin adelantar apenas nada. Cuando regresé, Lyn se estaba ajustando las medias.

Me pasé el dorso de la mano por la boca al ver sus piernas.

Di... ¡diablos!

Pero ella se bajó con indiferencia la falda y me señaló la mesa.

—Han llegado una serie de cartas personales que no he querido abrir. Me huelo que son facturas. También están ahí los periódicos de la mañana. Creo que usted aún no los ha visto.

—No.

Y abrí uno de ellos, el *Chicago Tribune*, para echarle un vistazo y de paso mirar disimuladamente por encima del borde, a ver si ella continuaba con la operación de las medias y yo pescaba algo.

Lyn continuó.

Pero yo no llegué a fijarme ni en eso.

Dije solamente:

—¡Cuernos!

Y el periódico, como las alas de un murciélago muerto, cayó a tierra blandamente.

La noticia estaba allí. No había fotografías, pero los titulares resultaban lo bastante llamativos y grandes:

CORREDOR DE FINCAS MUERE EN ACCIDENTE. SU COCHE
SE DESPEÑÓ DESDE UNA CARRETERA DE SAUSALITO
(CALIFORNIA), INCENDIÁNDOSE DESPUÉS

Debajo de los titulares estaba el nombre: Joe Taylor.

Me pasé otra vez el dorso de la mano por la boca.

El *Chicago Tribune* había destacado aquel accidente sobre los otros, dándole unos titulares más grandes, por ser la víctima un vecino de Chicago. O quién sabe si Taylor tenía algunos amigos en el periódico; todo pudiera ser. El caso fue que me senté en un borde de la mesa y cerré los ojos un momento, mientras mi cabeza se convertía en un volcán.

De modo que *ella* le había llevado hasta California.

De modo que allí lo había preparado todo sin mi molesta presencia, para que las cosas no fallaran.

Y no habían fallado.

Por fin Nancy Taylor era una mujer libre. Por fin tenía el seguro. Por fin iba a poder hacer lo que le diese la gana con sus dólares y con sus bonitas piernas.

Tragué saliva.

Lyn había terminado la delicada operación de que les hablaba

antes, y ahora me miraba boquiabierta, porque la muy cuca había hecho todo aquello para llamarme la atención, y ahora resultaba que yo no la miraba siquiera.

—¿Qué le pasa, señor Norton?

—¿A mí? ¿Por qué?

—Parece como si hubiera visto pasar un fantasma...

Me puse en pie con un gesto de decisión.

—Algo así —dije—. Y lo peor es que yo ya había llegado a pensar que no ocurriría.

—¿Ocurrir qué?...

—Imaginé que ella se habría asustado con mis palabras —dije, siguiendo el hilo de mis pensamientos—. O que él no sería tan confiado, el muy burro. Hay hombres que nacen para ser asesinados. Ahora me doy cuenta de que a Taylor le tenía que suceder.

—¿Suceder qué?...

—Me largo —dije por toda respuesta, sin aclarar sus dudas—. Si me necesitas para algo urgente, llámame al *Chicago Tribune*.

Fui al periódico.

Casi toda la ciudad hacía fiesta, pero allí se seguía trabajando. Era un asco.

Pregunté si habían recibido alguna telefoto del accidente. Aunque las posibilidades de error resultaran mínimas, quería asegurarme. Mi amigo Parker, que trabajo en la sección de información nacional, me pudo proporcionar una telefoto que acababa de llegar en aquel mismo momento.

—¿Es éste?

Arqueé una ceja.

—Diablos —fue todo lo que dijo.

—Ten en cuenta que el coche se incendió. Todo lo que ha quedado de tu amigo es *esto*.

En efecto, el hombre estaba deshecho por el fuego, pero reconocía bastantes cosas de él. Por ejemplo una muela de oro que tenía en el lado izquierdo de la boca. Y el anillo de casado. Y lo poco que quedaba del traje que solía llevar con frecuencia.

Devolví la foto a Parker.

—Supongo que no la publicaréis —dije.

—No, claro que no. Sería de mal gusto. Es la clase de fotos que

revuelven el estómago a nuestros suscriptores, cuando abren el periódico a la hora del desayuno. Nos limitaremos a archivarla.

Di las gracias a Parker.

Y salí.

La cabeza me daba vueltas.

Y yo me preguntaba en este momento cuál era mi obligación moral.

Sin duda avisar a la policía. Decir que lo de Sausalito no había sido un accidente ni mucho menos.

Pero ¿me creerían? Al fin y al cabo ¿qué pruebas tenía yo?

De todos modos me largué hacia las oficinas de la Brigada Criminal.

Tengo buenos amigos allí.

Todos me quieren mucho.

Mientras pasaba por los distintos departamentos, camino del despacho del jefe, iba oyendo frases cariñosas de todos los estilos:

—¡Cómo te vuelvas a meter en nuestros asuntos te rompo los pies, carcamal!

—Nos escamoteaste las pruebas en el último minuto, ¿eh? ¡Una patada en la barriga te daría yo! ¡Eso!

—¡A ver cuándo me devuelves los ochenta dólares que te presté, so bestia! ¡O tendré que denunciarte al policía de la mesa de al lado!

Kennedy, el jefe, era el que más me quería. Me lo demostró tapándose las narices al entrar.

—Creí que ya habían pasado a recoger la basura, Norton —fue todo lo que dijo—. Pero ahora me doy cuenta de que no.

Me senté en el borde de la mesa y le largué un cigarro, que el otro tomó con ostensible desconfianza, por si era explosivo.

—Bueno, al grano, Norton. Dime en qué caso de corrupción de menores estás metido.

—No se trata de lo que tú piensas, Kennedy. Esta vez es distinto. Vengo como simple ciudadano a denunciar un crimen.

—Hum... Ya veo. Alguien piensa matarte. Si es así, nada de denuncias, muchacho. Mi enhorabuena al que lo haga.

—Saca tus apuntes del día, Kennedy. Un ciudadano de Chicago ha muerto en accidente en Sausalito, California. No fue tal accidente. Yo te lo explicaré.

—A ver, desembucha.

Desembuché. Le conté todo lo ocurrido desde que conocí a Taylor enfrente de mi oficina. Todo, incluso la última conversación telefónica que había tenido con él. Kennedy me escuchó sin pestañear, con cara de cartón.

Luego se pellizcó la mandíbula.

—No tienes pruebas —dijo.

—No.

—En esas condiciones comprenderás que me es imposible detener a la mujer. Ni siquiera puedo iniciar una investigación en regla.

—Sí, ya me hago cargo. Pero es que me siento responsable de la muerte de ese hombre. Tenía que haber hablado contigo mucho antes, cuando aún estaba vivo. Yo vigilaré a Nancy Taylor, pero no podré hacerlo si ella sigue en California. Tenéis que ayudarme vosotros. Tenéis que pedir colaboración a la policía de aquel Estado.

—Mis últimas noticias son que esa dama vuelve hacia aquí. El cadáver acaba de ser sepultado en San Francisco, pero ella regresa a Chicago. No sólo la vigilarás tú, sino que también la vigilaremos nosotros. Pero muy discretamente, ¿entiendes? No podemos cometer un solo desliz, no habiendo una acusación oficial.

—Gracias, Kennedy. Eres un tío razonable. No esperaba tanto de ti.

Y me dirigí a la puerta.

Pero aún no la había abierto cuando Kennedy barbotó:

—¿Tú ya sabías quién era Taylor?

—Pues... un constructor de obras. ¿Por qué me lo preguntas?

—Narices. Era un pájaro de cuenta. Dominaba muy bien la técnica de vaciar las cajas fuertes, y había dejado sin fondos a algunas de las más respetables del país. ¿De qué piensas que vivía con tanto lujo? ¿Y crees que su mujer lo ignoraba?

Me quedé atónito.

La verdad era que yo no había esperado aquello de ninguna manera.

Todo lo que se me ocurrió preguntar fue:

—Y si era un ladrón de cajas fuertes, ¿por qué no estaba en la cárcel?

—Porque hacía las cosas con mucha gracia. Nunca dejaba

huellas ni pruebas. Sabíamos que era él, pero no lográbamos capturarlo. Sólo daba golpes muy espaciados y muy buenos. El resto del tiempo vivía como un hombre honrado. Joe Taylor ha sido una de nuestras preocupaciones durante mucho tiempo, y no creas que voy a ponerme a llorar por el hecho de que se haya muerto.

Abrí la puerta e hice un gesto de confusión. No había esperado que Taylor fuese el tipo que me estaba describiendo Kennedy. Hasta entonces yo había creído que conocía muy bien la ciudad —sobre todo a sus delincuentes— y resultaba que no conocía nada.

Kennedy me tranquilizó.

—No te extrañe que no lo supieras. Era uno de esos asuntos que no pasaban más allá de este despacho porque jamás hubo pruebas.

Salí.

Cerca de la puerta estaba uno de los policías amigos míos, que acababa de sacar una taza de café de la máquina automática.

El tío tropezó muy bien y me echó todo el café encima.

Lo que se dice un amigo.

Pero yo estaba tan preocupado que no me di cuenta siquiera.

CAPÍTULO III

UN MANOJO DE CARTAS

Yo no sé si ustedes conocen a Linda Mac Lane.

Ha aparecido en varias revistas haciendo anuncios publicitarios, y también en algunos *spots* de televisión. Es una mujer muy popular.

Pero si aun así no la conocen, peor para ustedes.

Linda Mac Lane tiene veintitrés años y veintitrés razones para dejarle a uno muerto. No sólo son perfectas sus caderas, sus piernas. No sólo es agresiva su delantera y obsesionantes sus labios. Además sabe llevar todo eso con elegancia. Es una de las mujeres más distinguidas de Chicago, sobre todo desde que se casó con Rufus Allister, que no arruga la nariz a la hora de pagar las facturas de la modista.

Pues bien, aquella mañana —un día después de mi conversación con Kennedy—. Linda Mac Lane, o sea la señora de Rufus Allister, estaba en mi despacho esperándome.

Confieso que me quedé de piedra al entrar.

Nunca había tenido una cliente que pudiera gastar tan tranquilamente mil dólares en la cuenta de un salón de belleza. La mayoría de los que acuden a mi despacho están retrasados en el pago del alquiler o poco menos.

Lyn me la señaló.

—Ahora ya no te fijarás en las piernas de las pobres —dijo sarcásticamente.

Yo me senté ante Linda, miré aproximadamente la mitad de las cosas que tenía para mirar —lo cual ya bastó para ponerme en órbita— y le pregunté cómo había decidido dejarse caer por mi modesto despacho, pudiendo ser clienta de los mejores detectives privados de Illinois. Y les juro que en Illinois los hay buenos de

verdad, pues no en vano fue la cuna de la Agencia Pinkerton^[1].

—Supongo que mi marido me vigila —murmuró—. Debe tener controlados los despachos de los detectives privados más notables de la ciudad, por si yo acudo a ellos. Ése no es su caso, señor Norton. Yo creo que a usted sólo le vigila la portera a principios de mes. Por eso he venido.

—Sus elogios me han llegado al alma, señora Allister. Crea que no sé qué hacer para corresponderle. Si estuviera en mi mano, le pondría mi esqueleto como alfombra.

Ella torció la boca sarcásticamente.

—Déjese de bromas y atiéndame. Estoy dispuesta a pagarle cien diarios y gastos aparte.

Di un saltito en el asiento.

—La cosa cambia —murmuré.

—Es un asunto serio y que debe llevar con la máxima discreción. Mi matrimonio con Rufus Allister está haciendo aguas.

—¿Ah, sí? Lo siento, señora. Rufus Allister es un caballito blanco.

—No tiene tanto dinero como la gente cree, pero en fin, reconozco que no me interesa ahora desprenderme de él. Y creo que está preparando una demanda de divorcio.

—¿En qué se funda?

—Yo tuve un novio antes de casarme con él —dijo Linda mientras encendía un cigarrillo—. Nada de especial. Como tantas chicas. Se presentó Rufus, me enseñó su talonario de cheques y el novio se fue a la porra.

—Sí, ya me explicaron que eso del romanticismo terminó el siglo pasado —dije.

—No se burle o se va a quedar sin cliente —me cortó ella—. Detectives privados medio muertos de hambre los hay en cada esquina de la ciudad. Si quiere que sigamos con el asunto, escúcheme.

—De acuerdo, Linda. Suelte lo que sea.

—Al grano: Rufus no sabía que yo había tenido ese novio, cosa que le oculté por una auténtica estupidez mía, ya que no creo que entonces le hubiese importado. Pero las cosas, cuando no se dicen, cobran una importancia que antes no tenían. Mi antiguo novio me persiguió una temporada y me escribió unas cuantas cartas

lacrimosas que cometí la estupidez de guardar. Fue mi segundo error en un asunto sin importancia. Yo no contesté más que una para decirle que me dejara en paz. Pero del texto de lo que él escribía aún podía deducirse que había algo entre los dos.

—Comprendo —dije—. El caso es muy corriente.

—El otro día me decidí a arrojar esas cartas al fuego de una maldita vez, y entonces tuve la sorpresa: Ya no estaban en el sitio donde las dejé. Me las habían robado.

Le ofrecí cigarrillos, que ella rechazó con un gesto.

—¿Por qué cree que pudo ser su marido? —musité.

—Yo no he dicho que lo creyera.

—Pero ha venido por eso. Ha venido porque lo piensa.

—Sí —aceptó—. Estoy segura de que Rufus pagó a un profesional para que me las robase, ya que estaban muy bien ocultas. Esas cartas pueden servirle de base para solicitar el divorcio.

—¿Y por qué habría de querer separarse de usted, Linda? ¿Ya no le gusta? ¿O tal vez le duele que usted siga apareciendo de vez en cuando como anunciante en las revistas y la televisión?

—No, no es eso. Cuando nos casamos, yo le dije que no renunciaría a «estar en el escaparate», como se dice de las modelos. No quiero resignarme, a mi edad, a ser una desconocida. Él lo aceptó. Si quiere divorciarse, es porque hay otra mujer.

—¿Cómo lo sabe?

—Bueno... He de confesar que yo le birlé antes una carta a él. La dejó tan a la vista en un descuido que no pude resistir la tentación. Le escribía una chica que por lo visto tenía gran amistad con Rufus. No explicaba nada indecoroso, pero de la carta se deducía claramente que habían tenido varios encuentros secretos. Yo vi enseguida que allí podía haber una posible causa de divorcio a mi favor, y que si las cosas se ponían mal sacaría a Rufus todo el dinero que quisiera.

—La familia media americana está cada vez más unida —dije—. Así da gusto, de verdad.

—Déjese de tonterías. Si Rufus miró mis piernas y consideró el matrimonio un asunto de placer, yo miré su cartera y consideré el matrimonio un asunto de dinero. Las cosas claras. No sé por qué tiene que meterse en eso.

—Si no me meto... —dije tímidamente, como pidiendo perdón.

—En fin, para abreviar. Esa carta que le comprometía a él estaba guardada con las que me comprometían a mí. Al robármelo todo, las tornas han cambiado. No sólo no puedo pedir el divorcio yo, sino que puede pedirlo él y echarme a la calle sin pagarme pensión alguna. Es intolerable.

—¡Qué inmoralidad! —dije, llevándome las manos a los ojos.

Ella pareció dispuesta a largarse, pero al fin debió pensarlo mejor y terminó ocupando de nuevo su asiento.

—No haré caso de sus estúpidos comentarios, Norton —barbotó—. En fin, le diré lo que quiero: necesito que recupere urgentemente no sólo las cartas dirigidas a mí, sino también la de aquella mujer. Aparte de los cien diarios y los gastos, le daré tres mil dólares si consigue devolvérmelo todo en el plazo de tres días.

—Cinco mil —dije secamente.

Ella parpadeó.

Pero al fin accedió con un gesto de repugnancia.

—De acuerdo, cinco mil. Pero no me pida ningún anticipo, excepto los cien diarios.

—Lo malo es que no sé si podré resolverlo en tres días —dije—. Su marido puede haber escondido esas cartas en mil sitios, o puede simplemente haberlas puesto ya en manos de un abogado. Y yo no tengo ninguna pista.

—Le daré una —murmuró.

—¿De veras?

—Sí, y además bastante segura. Por casualidad, y a través del teléfono supletorio, capté una parte de su conversación con la mujer de la carta, la cual tenía una voz muy musical y agradable. Supe que era ella porque Rufus le reprochó el que le hubiera escrito. Decía que era imprudente. Y al final Rufus añadió que el encargo lo dejara en el club.

—¿El «encargo»? —musité.

—Las cartas. No podían ser otra cosa. Por la fecha de la llamada, coincide más o menos con el momento en que debieron robármelas. De modo que las tiene en el club. Usted, Norton, no ha de hacer más que meter las narices allí.

—¿Qué club? —murmuró.

—Rufus tiene una avioneta, un barco y un coche.

No hacía falta decir más.

Yo sabía bien a qué sitio se refería.

—Acepto el encargo —dije—. Vengan trescientos por anticipado a cuenta de tres días de trabajo y doscientos más por los gastos. Dentro de una hora me pondré a actuar. Tendrá noticias mías cada noche a las once, a través del teléfono que usted me diga.

Me anotó un número.

—Éste —dijo—. Aquí no hay posibilidad de que Rufus controle la llamada.

Y se puso en pie.

Avanzó hacia mí.

Se inclinó un poco y me estampó un beso en la boca.

Me quedé tan mareado, que la tía aprovechó la ocasión y en lugar de dejarme quinientos pavos me dejó solo cuatrocientos.

Pero yo sólo me di cuenta diez minutos más tarde.

Cuando Lyn, que se había dado cuenta de todo por un resquicio de la puerta, me atizó con el bolso para que despertase.

CAPÍTULO IV

UNA PALIZA PARA UN HOMBRE HONRADO

Linda Mac Lane no había tenido necesidad de mencionarme el nombre del club porque sólo hay uno en Chicago donde uno pueda disfrutar a la vez de las delicias de la tierra, el mar y el aire. En efecto, es un club de narices, donde un tipo como yo sólo podría poner los pies en calidad de limpiabotas, y gracias. Las instalaciones ocupan una inmensa porción de playa junto al lago Michigan, porción de playa donde cada socio puede amarrar su yate, aparcarse su coche y disponer, además, de una pista para su avioneta, que le está permitido estacionar apenas a veinte yardas del agua.

No me extrañó que Rufus Allister fuera socio de un nido así. Para algo ha de servir el dinero, además de para escatimarlos a los empleados de uno.

Tomé mi coche y me largué hacia allí.

Lo primero que tenía que hacer era observar un poco las costumbres de Rufus. Sin eso no conseguiría nada.

El portero me detuvo con un gesto autoritario.

—Usted no es socio. ¿Qué quiere?

—He de ver al señor Rufus Allister.

El tipo miró con una indefinible mueca de asco mi coche, que era un modelo de tres años atrás.

Luego contempló los neumáticos, como si pudieran ensuciar aquella ruta por la que sólo pasaban los millonarios.

—Le avisaré —dijo—. Espere.

Pero resultó que Rufus Allister no estaba.

Yo ya contaba con eso.

El portero volvió de la cabina telefónica y se tapó las narices con dos dedos mientras se acercaba a mi coche.

—Tendrá que largarse, amigo —bisbiseó—. Aquí no hace más que obstruir el paso.

—¿Es que no puedo ver al señor Allister?

—El señor Allister no está. Vuelva otro día.

Le lancé una moneda de a veinticinco centavos por los aires, a ver si el tío la cogía por los dientes, pero no lo hizo. En vista de eso me largué. Ahora ya sabía que Rufus Allister no me sorprendería.

Bordeé con el coche la larga extensión de playa que pertenece al club. La carretera estaba tranquila y solitaria. A la derecha se recortaban las avionetas y los yates en las aguas grises del lago. Una valla separaba todo aquello de los posibles intrusos, aparte de que había vigilancia.

Pero yo me fijaba en los números de las avionetas.

A cada socio correspondía una.

Y Rufus Allister tenía el número veinticuatro. Según yo había visto poco antes en una guía de sociedad.

Me detuve. La avioneta número veinticuatro estaba ante un yate de regular calado que era justamente lo que me interesaba a mí. Porque el yate resultaba un buen sitio para guardar aquellas cartas. Empezaría mis investigaciones registrándolo.

Para saltar la valla, hice una cosa muy sencilla.

Detuve del todo el coche, me icé sobre el capó, tomé impulso y... ¡Arriba!

Momentos después rodaba por la arena.

Nadie me había visto.

Caminé hacia el yate, subí la rampa del embarcadero, me dispuse a poner los pies en cubierta y me dije a mí mismo que hasta ahora las cosas marchaban muy bien.

Y tan bien.

El primer golpe fue en la nuca; el segundo en los riñones y el tercero no llegó porque para entonces yo ya estaba patinando con las narices por la escalera que llevaba a la bodega.

Uno tiene que hacer muchas cosas por cien machacantes diarios, gastos aparte.

Pero los dos golpes que acababa de recibir son de los que envían a un honrado ciudadano a la funeraria. Me di cuenta de que el de la nuca me lo habían dado con el canto de la mano, pero el de los riñones había sido propinado con una barra de hierro. Si llegan a

invertirse los términos, me dejan seco allí mismo. De todos modos eso era más o menos lo que se proponían.

Me volví a tiempo, al llegar a la pequeña bodega del yate, para ver descender a mis dos nuevos amigos.

Éstos tenían pinta de *dockers* de los muelles de Nueva Orleans y vestían ceñidos jerséis negros, además de pantalones grises. Sus puños me parecieron mazas. Uno de ellos aún llevaba en el derecho la corta barra de hierro.

Traté de arreglarlo aún.

—Creo que ustedes sufren un error, amigos —dije.

—¿Sí?

La barra de hierro por poco me hunde la base del cráneo. Dejé en las tablas del suelo, junto a mí, un agujero similar al que hubiera hecho un buscador de petróleo. Entonces me di cuenta de que no valía la pena hablar. Aquélla era una lucha a muerte, o al menos podía serlo.

Levanté las dos piernas a la vez.

Uno de los dos buitres se me venía encima. Al clavarle brutalmente los dos pies en el estómago, le hice acordarse de las primeras papillas de maíz que le dieron en su vida. El tipo gimió. Pero el otro ya venía al ataque, dispuesto a patearme la cara.

Giré sobre mí mismo rapidísimamente.

Los pies que habían de dejarme sin rostro bailaron un *boogie* sobre las tablas de la bodega.

Sujeté al fulano por el tobillo y empujé. No estoy mal de fuerza, y además la desesperación hacía que mis energías se duplicasen. Mi enemigo fue a parar de cabeza contra una estantería donde había una docena de jarras alemanas y las convirtió en un rompecabezas turco. El pedazo más grande hubiera cabido dentro de sus orejas. El fulano lanzó un grito de rabia y trató de volverse hacia mí.

Yo, entonces, me ocupaba del otro.

El de la barra de hierro.

El buitre iba a descargarla de nuevo sobre mí. Y esta vez me hubiera hundido las costillas, dejándome fuera de combate, si llega a ser un poco más hábil. Pero sólo buscaba mi cabeza. De modo que agarré una silla con ambas manos, me protegí con ella y la barra la convirtió poco menos que en astillas para mondadientes. Pero el tío perdió pie, y ése fue el momento que elegí para propinarle un

punterazo en un sitio del bajo vientre que le hizo acordarse de todos mis antepasados.

Comprendí que lo tenía blando.

Era mi oportunidad.

Me puse en pie y traté de cazarlo ahora con un corto al estómago mientras preparaba el gancho para convertirle la mandíbula en harina.

Pero no llegué a tiempo. Había llegado a olvidarme del otro, y ése fue mi error. De pronto me golpearon en los riñones y me encogí de dolor. Rebrinqué hacia atrás. Mi mandíbula pareció convertirse entonces en una inmensa muela que me dolía espantosamente, como si la barrenasen. Me di cuenta vagamente de que me habían alcanzado dos ganchos casi seguidos. La vista se me nubló.

Pero aún pegué al azar.

Aún concentré todas mis fuerzas en aquel cruzado que encontró delante un rostro humano y que arrancó un aullido de terrible dolor a un enemigo al que ya no podía ver.

El otro me volvió a atizar en los riñones.

Me doblé.

Tenía la sensación de que mi cintura entera se había roto.

De rodillas, jadeando, sintiendo que la sangre manaba por mis labios, era ya incapaz de defenderme. Ahora hubiese necesitado un árbitro que contara hasta diez y me declarara fuera de combate. Pero no había árbitro. Sólo la barra de hierro que volvía a cernirse sobre mi cabeza.

Pensé que iba a morir.

Y lamenté no haber incluido, entre los gastos, una buena corona funeraria cuando me contrataron para aquel trabajo.

Pero la barra no llegó a caer. Una voz dijo:

—Recuérdalo: el señor Allister ordenó que no lo matáramos.

—El señor Allister no sabía que este tipo era tan peligroso. Cuando se lo entreguemos muerto nos lo agradecerá, ya verás.

—Quizá le meteríamos en un lío. Ya lo dijo bien claro: «Cadáveres, no». Por lo menos por ahora. Basta con un buen escarmiento para que este tipo sepa dónde no tiene que meterse.

Y me patearon las costillas.

Me las estuvieron pateando hasta que perdí el conocimiento,

hasta que caí de costado como un fardo, incapaz de reaccionar.

De mi boca seguía manando sangre.

Uno de ellos masculló:

—Lo arrojaremos al agua.

—Hala, fuera con él.

Yo lo oía todo muy lejanamente, muy vagamente.

Apenas me enteraba de nada.

La voz pareció llegarme desde otro planeta:

—Nancy también estará contenta. A ella no le gusta que se metan en sus asuntos.

«Nancy...». ¿Dónde había oído yo antes aquel nombre?

Pero no tuve tiempo de hacer memoria.

De pronto dejé de tocar tierra, volé por los aires y, para que no me faltara nada, me hundí en las aguas.

CAPÍTULO V

EL ROBO DEL AÑO

Cuando volví al coche, no se podía aprovechar de mi apenas nada. Empapado y hecho trizas, apenas pude encontrar el volante. Algunos vehículos más lujosos que el mío pasaban raudamente a mi lado, sin que sus conductores volvieran la cabeza. Me apoyé en el respaldo, cerré los ojos y tragué aire varias veces, dándome cuenta de lo cerca que había estado de morir.

Aquello había sido una advertencia; la última advertencia.

Rufus Allister sabía de algún modo que un detective privado se metería en sus asuntos, y si no lo sabía lo sospechaba. El caso era que estaba alerta. Había dispuesto a dos hombres en su yate, que posiblemente era el lugar en que ocultaba las cartas.

Al menos eso era lo que sabía.

Eso era lo que había adelantado, si es que había adelantado algo.

Abrí los ojos y traté de precisar mejor mis recuerdos. Mientras conducía a poca velocidad hacia Evanston, siguiendo la línea de Calvary Beach, mis ideas se aclararon un poco. No cabía duda de que el nombre de «Nancy» que habían pronunciado se refería a Nancy Taylor. Al menos me parecía a mí que tenía que ser ella por fuerza. Ella había matado a su marido para disponer de un succulento seguro, pero no era ésa la única razón. Además, la desinteresada mujercita anhelaba deshacer el matrimonio de Rufus y convertirse ella en la señora Allister. Ella tenía que ser la mujer que le había enviado la carta de que me habló Linda Mac Lane. Y Rufus pensaba casarse con ella, ahora que era una mujer libre y su estúpido esposo, el pobre Joe Taylor, yacía enterrado en un cementerio cercano a Sausalito, donde los *hippies* de San Francisco

van a comprar tarjetas postales para enviarlas pidiendo dinero a sus padres.

Las cosas empezaban a ligar y todas juntas formaban una historia sórdida, sucia, miserable.

Llegué a mi casa, me quité la ropa, me di una ducha y me bebí un doble de *whisky*.

Estaba dedicado a esta última e importante tarea cuando llamaron a la puerta.

Me hice la ilusión de que tal vez fuera Lyn, que venía a pedirme aumento de sueldo.

Pero qué cuerno.

El que llamaba era el teniente Curtis, de la Brigada de Homicidios. Curtis era uno de los policías que me querían más. Sólo entrar me dio recuerdos para mi padre, pero inmediatamente me dijo que le perdonara: no recordaba que yo lo había conocido.

Yo no estaba para bromas.

Le recordé que aquello era allanamiento de morada. Amenacé con echarle escaleras abajo.

Él me dio un golpecito en las costillas, y como sólo me faltaba eso, me derrumbé. Tenía la sensación de que las costillas del lado derecho me iban a salir por el izquierdo, y al contrario. Curtis murmuró:

—Estás muy flojo, amigo. No te convienen las mujeres. Las mujeres te llevarán a la tumba.

—Esta vez han sido los hombres —barboté.

—Vaya... ¡Los hombres! Uno ya no puede fiarse de nadie. De ti sí que no hubiera creído eso, chico. Bueno, ¿puedo servirte un *whisky*?

No esperó mi permiso para servírselo. Me dejó sin botella.

—¿A qué has venido, Curtis?

—Han robado en la Indian Export.

—¿Y qué?

—Es el robo del año.

—No veo la razón.

—La Indian Export tiene una de las cajas fuertes más sólidas de los Estados Unidos. Parece increíble que alguien haya conseguido abrirla.

—¿Y eso qué me importa?

Encendió un cigarrillo mientras me miraba socarronamente.

—Quizá te interese saber que este servicio me lo ha solicitado la CIA —dijo.

—¿Quééééé?...

—Al parecer, en esa caja de la Indian Export no se guardaba apenas dinero. En cambio se custodiaba uno de los documentos más secretos que en este momento afectan a la seguridad del mundo occidental. No voy a decir cuál es, porque yo mismo tengo una idea sólo aproximada. Pero ese documento existía.

Me recliné en el respaldo de la butaca, mientras le miraba burlonamente.

—Los asuntos de la CIA no me afectan, Curtis —dije—. Y si quieres que te diga lo que pienso a veces del mundo occidental, te lo demostraré con un poco de ruido.

Y ostensiblemente me soné las narices.

Curtis no se inmutó.

Desde la ventana me dijo con voz tensa:

—He venido a ti porque tú puedes conocer quién lo ha hecho. Últimamente estuviste buscando pruebas para sacar de la cárcel a dos famosos ladrones de cajas de caudales. Y lo conseguiste. Ellos no han sido porque no han dejado de estar vigilados desde su libertad provisional. Pero tal vez tú conozcas a otros. Tal vez ellos te dieron algunos nombres.

—Vosotros tenéis fichado a todo el mundo, Curtis. No es lógico que preguntes a un pobre pesquisa privado como yo.

—Tenemos fichados a los que terminan, pero no a los que empiezan. Hay verdaderos maestros a los que no hemos conseguido echar el guante aún. Y tal vez tú sepas algo de la gentecita que se mueve en ese mundo; algo que nosotros no sabemos.

—Estáis pegando golpes en el vacío, ¿verdad?

—Más o menos así es. En este momento, docenas de compañeros míos hacen parecidas preguntas a gentes que tienen relación con el mundo del hampa. Yo he venido a verte a ti personalmente porque sé que eres un pájaro de cuenta; quizá sepas más que los otros.

Me encogí de hombros.

—Déjame en paz, Curtis.

—¿No vas a colaborar?

—No. Y es que además no sé nada.

—Trata de hacer memoria.

—Es inútil, Curtis. No sé nada.

El tal Curtis empezaba a impacientarse, pero se aguantó. Dio unos pasos por la habitación, con las manos en los bolsillos, y al fin me dijo con un soplo de voz:

—Te he hablado de que éste podría ser el robo del año, muchacho.

—Sí, en efecto.

—Quizá te extrañe que la CIA haya delegado algunas de sus pesquisas en hombres como yo, que pertenecen a la Brigada Criminal y no al servicio de espionaje. Sencillamente, es porque no tienen los suficientes hombres para realizar una misión fulminante, una misión que empiece y termine en menos de veinticuatro horas, y en la cual intervendrán docenas, quizá centenares de agentes. Ya te he dicho que en este momento deben estar siendo interrogadas otras muchas personas como tú.

—¿Por qué?

—Te diré la idea que tengo sobre esto, a ver si tú te decides y me demuestras un poco de confianza también. Puedo equivocarme, pero yo diría que lo que se custodiaba en aquella caja fuerte era un pacto comercial entre los Estados Unidos y el Japón. En apariencia algo sin demasiada importancia, ¿verdad?

—Sí, claro. Sin demasiada importancia.

—Pero parece que en ese pacto comercial había cláusulas secretas. Es decir, quizá se establecían a favor del Japón unas determinadas zonas de influencia en China y en el Sudeste Asiático, para el caso de que estallara en aquella zona un conflicto armado general, lo cual no es tan improbable. Podía ser un pacto comercial con ramificaciones militares muy importantes, y en el cual se decidiera la futura actitud del Japón en los acontecimientos de Asia. En este caso favoreciendo también los intereses norteamericanos, naturalmente.

Yo encendí un cigarrillo.

Todo aquello no me importaba.

Pero estaba obligado a aguantar a Curtis, entre otras cosas porque él era de los que redactaban el informe cada vez que yo pedía renovación de la licencia.

El continuó:

—¿Te imaginas lo que el conocimiento de un pacto así puede valer para una determinada potencia, por ejemplo China?

—Claro que lo imagino. Millones de monedas amarillas metidas en un saco amarillo y pagadas por un agente amarillo.

—Bueno, pues eso es lo que ha sido robado de la caja fuerte de la Indian Export. Se supone que el golpe ha sido dado sobre seguro, es decir sabiendo ya que un agente de Pekín compraría la mercancía y pagaría un elevado precio por ella. Ahora hay que localizar al ladrón y al agente chino. Toda la operación se ultimaré en un tiempo récord: desde luego menos de veinticuatro horas. Por eso nos estamos moviendo con tanta rapidez.

—¿Y por qué una cosa tan importante se confió a una empresa privada, como es la Indian Export?

—Precisamente para que nadie siguiera su pista. Todos nuestros diplomáticos y agentes estaban muy vigilados después de conocerse las reuniones USA-Japón en Tokio. Si llegamos a enviar el documento por vía diplomática, nos exponíamos a un golpe de audacia. Por eso parece que decidieron allí, en las alturas de la Casa Blanca, que el papelucho fuera enviado en un sobre lacrado y entre el correo de una gran compañía comercial. El sobre llegaría a las oficinas de Chicago y entonces sería cuidadosamente guardado en una caja fuerte. La Indian Export, por otra parte, es una compañía semioficial, en la que el Gobierno tiene elevados intereses.

Hice un gesto de asentimiento.

Entendía todo aquello.

Pero no era algo en lo que yo pudiera intervenir, no era algo que yo pudiese resolver ni siquiera de una manera aproximada.

—Lo siento —dije—. Haré memoria, Curtis. Pero no te garantizo que pueda recordar nada.

Curtis se dirigió a la puerta.

—Si te viene a la memoria algún nombre del que pueda haber hecho ese trabajo, me llamas a la Brigada. Estaré allí toda la noche. Ah... Hay otro asunto.

—¿Cuál?

—No sé si te acuerdas de la partida que jugamos hace tres meses, el día del cumpleaños de Pinkey.

Torcí el gesto.

Claro que me acordaba.

Pinkey era uno de los jefes gordos del departamento. Y yo le daba coba de vez en cuando. El día de su cumpleaños hicimos una pequeña fiesta y luego jugamos una partida ya no tan pequeña. Yo tuve una mala noche y perdí tres mil dólares.

Curtis me señaló con el dedo.

—Aún los debes, muchacho. Los chicos han aguantado tres meses, pero dudo que aguanten más. Cada vez que se menciona tu nombre en la Brigada, empiezan a maldecir hasta a tu tía. De modo que date una vuelta cuanto antes por allí, paga tus deudas y así evitarás el que algún día te detengan por haber querido incendiar el Capitolio. Buenas noches. Así te mueras.

Y el buitre se largó.

Me pasé el dorso de la mano por la boca mientras me dirigía a la botella de *whisky*, pero la botella estaba ya vacía.

Bonito día estaba teniendo.

Entonces empecé a revolver por los cajones, buscando todo el dinero que pudiese reunir. Nunca he tenido ahorros. Siempre he vivido al día, quizá por pensar que aún soy demasiado joven. Cuando me sobra un dólar —lo cual ocurre pocas veces— lo suelo meter por algún cajón.

Me lancé al ataque e hice una requisa general.

Reuní unos ochocientos dólares. No creí que tuviera tanto. Pero eso no bastaba para pagar a mis compañeros de timba, cosa que me preocupó. Mal asunto es deber dinero, pero peor asunto es deberlo a la policía.

Puse todos aquellos fondos en el interior de un jarrón que no se tocaba nunca, y decidí que a partir de aquel momento tenía que hacer severas economías hasta llegar a reunir tres mil dólares.

Nada de *whiskys*.

Nada de salir con chicas.

Nada de nada.

En ese instante sonó el teléfono.

Era una voz dulce.

Era nada menos que Lyn.

—Hola, jefe —dijo—. No ha habido novedades en el despacho. Y he pensado que el fin de semana se presenta muy largo y muy aburrido.

—¿De verdad?

—Hay sitios estupendos por ahí. Sitios donde la gente se divierte.

—Sí, eso me han contado.

Ella se impacientó.

—¿No piensas salir? ¿Por qué no me demuestras que tu coche puede llegar hasta medio camino de Milwaukee?

A medio camino de Milwaukee había una serie de moteles donde una pareja podía encontrar refugio con sorprendente facilidad. Se me quedó la boca seca al darme cuenta de que Lyn, la difícil y adorable Lyn, me estaba proponiendo algo así como un fin de semana con ella.

Pero enseguida fruncí el ceño al pensar que aquello me costaría, tirando por lo bajo, doscientos dólares. Luego estaba el asunto de Linda Mac Lane, que me obligaba a permanecer en Chicago so pena de perder los cien diarios o algo más. Y yo tenía indefectiblemente que pagar a los policías, especialmente a Pinkey, el gran jefe. Si me dejaba llevar por la tentación de la voz de Lyn, era la ruina.

—Tengo trabajo, nena —murmuró—. Un trabajo horrible.

—¿El que te encargó aquella pájara que te timó cien dólares?

—Sí.

A través del cable oí rechinar sus dientes.

—Siempre he sido una chica seria —murmuró Lyn—, y por una vez que me suelto el pelo me dan calabazas. Muy bien, muchacho, muy bien. Te deseo un feliz fin de semana. ¡Ahí te pudras!

Y el aldabonazo del teléfono al ser colgado pareció resonar en mi cabeza.

Me derrumbé sobre el sillón.

Estaba abrumado.

¡Lo que un hombre necesita hacer para poder pagar tres mil dólares!

En aquel momento llamaron a la puerta.

Fui a abrir.

No tenía ni condenada idea de que aquélla era una llamada de la Muerte.

CAPÍTULO VI

TRAMPA PARA UN INCAUTO

El fulano que apareció en el umbral no tenía nada de peligroso. Era un chico negro de una mensajería. En Chicago los negros abundan más incluso que en las ciudades del sur. Y por una especie de discriminación social que les perjudica, todos los oficios serviles y mal pagados están en sus manos.

El chico me sonrió.

—Un mensaje, señor. Urgente.

—¿Quién lo ha dejado?

—Un hombre. Hace apenas diez minutos. Lo único que puedo decirle de él es que era un negro como yo.

De modo que un negro... Bueno, el tipo que me enviaba la carta por medio de un emisario, había empleado también otro emisario para entregarlo en la mensajería. Muchas precauciones, lo cual indicaba que la cosa podía ser importante.

Di medio dólar de propina al chico y cerré.

El mensaje, a pesar de todas las rocambolescas vueltas que había dado, no parecía tener demasiado interés. Estaba escrito en una letra nerviosa y desconocida para mí, y no llevaba firma. Decía sencillamente:

«Necesito verle enseguida. Usted es la única persona en la que puedo confiar. Por favor, no falte. Usted me conoce, aunque no es prudente darle mi nombre por escrito. Nos veremos a las once en la esquina de la calle Armore, justo a la salida de Villa Park».

Siguiendo una vieja costumbre, quemé el mensaje una vez lo hube leído, y eché una ojeada al gran plano de la ciudad que colgaba de una de las paredes.

Conocía muy bien aquella zona. No me pareció peligrosa en absoluto. Y también al individuo que me citaba debía conocerla, puesto que no me había dado ninguna otra señal de identificación.

Estuve descansando (y lo necesitaba bien), hasta que me pareció la hora oportuna para salir hacia Villa Park. Antes tomé un par de bocadillos y una cerveza en un bar de la esquina donde también debía dinero, pero menos.

Mientras rodaba a poca velocidad hacia la dirección indicada, me preguntaba quién diablos podía haberme citado con tanto secreto. Sin duda alguien que no quería ser visto. ¿Pero quién...?

Dejé el coche estacionado cerca de Villa Park.

Todo estaba solitario y en tinieblas. Sólo aquí y allá la luz mortecina de un farol arañaba la oscuridad. Les prometo que aparte la zona comercial del Loop, que está muy bien iluminada toda la noche, Chicago es una de las ciudades más oscuras de América. Supongo que influye la enorme cantidad de parques que tiene. O el hecho de que las parejas de novios hayan pedido al Ayuntamiento que no ilumine las calles. No lo sé.

El caso fue que me encontré metido en una especie de boca del lobo, en la que no veía a dos pasos.

Alguien se acercó a mí.

Sólo oía sus pisadas quejumbrosas.

Y distinguía confusamente su silueta ancha, maciza.

No conocía a nadie con aquella silueta. Eso fue lo que me puso en guardia. Pero aun así mis enemigos me hubiesen atrapado confiado, caso de no haber cometido un error.

Oí otras pisadas a mi espalda. Se estaban aproximando con demasiada rapidez. Sólo entonces me di cuenta de que aquello era una cochina trampa.

Me volví con la rapidez del rayo.

Yo no llevo armas, porque si un detective privado mata a alguien, se juega la licencia. En algunas ciudades pequeñas ya hay algunos que tienen el gatillo fácil, pero son los que están conchabados con algún cacique de la policía. En Chicago eso no era posible. De modo que me enfrenté al peligro con sólo mis puños

para dar... y mi cara para recibir.

Aún me dolían los huesos después de la paliza de aquel mismo día, en el yate de Rufus Allister. Pero la sensación de tener la muerte cerca fue lo que me hizo saltar a tiempo. La hoja de acero pasó por mi lado como si quisiera afeitarme. Y les aseguro que no lo consiguió por sólo centésimas de pulgada.

El otro enemigo atacó también.

Llevaba una pistola con silenciador, lo cual era un arma decisiva en la oscuridad del parque. Sonaron dos taponazos y las balas se clavaron materialmente a mis pies. Yo me arrojé entre unos arbustos, dando varias vueltas sobre mí mismo.

Las balas me siguieron.

Los tipos debían ser mercenarios pagados a precio fijo. Tenían prisa por terminar y largarse. Fue eso lo que me salvó, porque si llegan a tomarse la cosa con un poco más de tranquilidad, me dejan convertido en un arenque. Las balas silbaron por todas partes. En menos de diez segundos casi vaciaron un cargador entero, pero sin apuntar, tirando al bulto, creyendo que así me acribillarían.

Yo había dado una vuelta por detrás de los arbustos.

Por los secos taponazos, localicé al individuo que disparaba.

Un golpe en la nuca con las dos manos unidas, le envió de rodillas hacia delante. El tipo gimió. Entonces el otro se me echó encima, zigzagueando con el cuchillo.

Hice una finta.

Esta vez el tío pasó a mi lado como un toro que embiste. De un rodillazo lo tumbé. Luego, cuando ya estaba en el suelo, le propiné un puntapié en plena cara, dejándolo K. O., por unos instantes.

A todo esto, el de la pistola se removía.

Me abalancé sobre él, le pateé los riñones e hice que soltara la pistola. No le quedaba en ésta más que una bala. Lo noté por el peso. Quise aprovechar aquel proyectil para amenazarles y para llevarlos detenidos al puesto de policía más próximo.

¡Ja, ja!

Uno puede ser de buena fe, pero no tanto.

A aquellos pájaros debían haberles dicho que no se dejaran capturar. Ellos ya sabían lo que eso significaba. Que el patrón los mataría de todos modos si llegaban a decir una sola palabra. Por lo tanto no hicieron el menor caso cuando yo les pedí que se

detuvieran.

¡Qué iban a hacer!

Hasta me enviaron un regalito desde el coche, olvidando ya todas las precauciones.

Sólo en aquel momento me di cuenta de que había un coche estacionado a muy poca distancia, en un sendero del parque. Los dos tipos corrieron hacia él sin que yo me atreviera a disparar. E hice bien, porque de lo contrario no hubiera podido salvarme.

Desde una de las ventanillas, me largaron el pepinazo.

Era una granada de mano, una auténtica granada de guerra que me hubiera hecho pedazos en menos de un segundo. La vi venir y comprendí que no podía apartarme. Disparé instintivamente confiando en mi puntería, que —modestia aparte— siempre ha sido fabulosa.

Alcancé la granada en un lado.

Y en el mismo momento me lancé al suelo.

Una fabulosa explosión sacudió la tranquilidad del parque. La bala había movido la bomba lo suficiente para que el percutor penetrase en el fulminante y provocara el estallido. No me ocurrió nada, aunque el suelo quedó tapizado de pequeños pedazos de metralla. Y a los del coche tampoco les hubiera ocurrido nada si llegan a estar en campo abierto. Pero su propio vehículos les perdió. Uno de aquellos pedazos de metralla candente debió penetrar en el depósito de gasolina. El caso fue que la segunda explosión resultó mucho más siniestra que la primera.

Todo el vehículo se había convertido en una bola de fuego.

Los dos pistoleros no consiguieron salir. Yo contemplé horrorizado cómo se convertían en dos teas humanas en el interior del coche. Alguien gritó por las cercanías. Sonaron silbatos no sé dónde. Pero ni mis músculos ni mi mente respondían, como si yo estuviera hipnotizado.

Al fin comprendí que tenía que huir.

Me jugaba el porvenir —o quizás algo más— en aquel momento. De modo que di un salto, me escabullí de la zona iluminada y dejé que me tragarán las sombras del parque.

Un momento después estaba de nuevo en mi coche, buscando meterme en un embotellamiento para así no llamar la atención. Lo conseguí. Un par de motoristas apartaban a todo el mundo de la

entrada del parque.

Yo rodé a poca velocidad hacia la zona verde de Ned Brown Preserve, donde sabía que nadie me buscaría.

Pero mi cerebro era un volcán. ¿Quién conocía de antemano mis movimientos? ¿Quién había tratado de matarme? ¿Quién...?

CAPÍTULO VII

¡A UNO NO LE DEJAN VIVIR NI EL DOMINGO!

Tan preocupado estaba, que olvidé una de mis principales obligaciones. Me di cuenta a la mañana siguiente. No había telefonado a las once a Linda Mac Lane.

Estaba en la ducha cuando me acordé.

Había dormido muy mal.

Había escapado de la muerte por milagro.

Pero eso no era excusa.

De modo que salí del agua, me puse por encima un albornoz (pagado al contado) y disqué el número que ella había dado en su despacho.

Me respondió su voz.

—Ya era hora —dijo.

—Perdone, señora Allister.

—No me gusta que me llamen de esa manera. Llámeme simplemente Linda, o si le parece mejor llámeme señora Mac Lane. Pero cada vez que pronuncian el apellido de mi marido siento cosquillas en el ombligo, ¿sabe? De modo que no me fastidie. Y ahora a lo que interesa: Yo esperaba su llamada. Me atrapa aquí, al pie del teléfono, sólo por casualidad. ¿Qué ocurrió para que incumpliera sus obligaciones de ese modo?

—Mire, Linda, a esa hora intentaron matarme.

—¿Quién?

—¿Cree que lo sé?

—Oiga, Norton, si ése es un truco para sacarme más dinero, le juro que va listo. El trabajo que le encargué no es tan peligroso, después de todo. Nadie tiene por qué intentar matarle.

—Su marido está sobre aviso, muñeca.

—¿Qué dice?

—Ayer intenté registrar su yate y ya me esperaban un par de masajistas profesionales. Por poco me dejan con los huesos pelados. No sé cómo pude escapar de allí, pero eso no fue nada en comparación con lo ocurrido durante la noche.

—¿Qué ocurrió?

—¿No ha leído los periódicos, nena?

—Aún no.

—Pues sin duda hablan de un coche incendiado en Villa Park, con dos fiambres dentro. Uno de los fiambres debí haber sido yo. Dos desconocidos trataron de apiolarme apenas puse allí las puntas de los zapatos.

—¿Y por qué fue a Villa Park?

—Me atrajo el mensaje de otro desconocido.

—Le prometo que no lo entiendo. Norton.

—Yo tampoco, pero me pregunto si su marido tiene tanto interés en este asunto que es capaz de llegar al crimen con tal de que le salga como él quiere.

La voz de Linda sonó ronca al otro lado, cargada de odio.

—Mi marido es capaz de cualquier cosa, Norton.

—En ese caso quizás usted misma corre peligro. Será mejor que la vea y tracemos un plan de acción. ¿Alguien la vigila?

—Creo que no.

—¿Dónde está su marido?

—Ha ido a dar una vuelta con el yate, aprovechando que hace un magnífico día. Y me ha invitado a que fuera yo también, pero no he querido de ningún modo.

—Ha hecho bien. Un «accidente» en el mar se improvisa en cinco minutos. ¿Dónde puedo verla?

—Estoy en mi casa de Mac Kinley Park, cerca del Anfiteatro Internacional. Es una pequeña villa que tenía de soltera. Sólo había pagado el primer plazo, claro. Rufus terminó de pagarla y a veces paso ratos aquí.

—De acuerdo, espéreme, llegaré en una hora.

Colgué.

Había dado un cierto margen de tiempo para la entrevista porque me interesaba antes leer los periódicos. No me atrevía a dar un paso sin estar seguro de que la policía no seguía mi pista con la

intención de cargarme el sambenito de los dos difuntos.

Me preparé un café bien cargado y mientras lo bebía miré por la ventana, vigilando la llegada del repartidor de periódicos, que los domingos solía retrasarse bastante.

Chicago, los domingos por la mañana, es una ciudad muerta.

Algunos grupos practican el deporte en los inmensos parques, mientras otros pasean y unos terceros dejan pasar las horas ante un vaso de *whisky*, en el interior de un bar al que no llega el sol. También hay quien aprovecha los domingos por la mañana para pelearse con la mujer y arreglar las cuentas de toda la semana.

Vi que el repartidor atravesaba el césped abrazado a una muchacha negra. Ahora sabía yo por qué llegaba tarde, el tío. Me dejó mi ejemplar del *Chicago Tribune* y se largó.

Busqué la noticia del suceso de Villa Park. Por lo que pude saber, los cadáveres habían sido ya identificados, pese a las quemaduras que los hacían casi irreconocibles. Eran vulgares pandilleros, como había imaginado. Tipos a los que se pagaba por matar, y que no es difícil encontrar en cualquier ciudad de ese tranquilo y apacible país que son los Estados Unidos.

No había pistas.

Según las primeras declaraciones de la policía —hábilmente sonsacadas por el periodista— se buscaba a un sospechoso que debió provocar la explosión, huyendo luego. Pero por ningún lado se insinuaba que el sospechoso pudiera ser yo. Y el hecho de que mis amigos de la bofia aún no hubieran venido a verme indicaba que no se me relacionaba para nada con aquellas dos muertes.

Tampoco existía el menor indicio de quién podía haber contratado a aquellos dos pistoleros.

La pista terminaba allí.

Cerré el periódico, me vestí y salí a la calle.

Por si acaso no toqué mi coche, que podía haber sido visto en las cercanías de Villa Park. Le estropeé el delco para fingir en caso necesario que estaba averiado ya desde la noche anterior. Tomé un taxi y me dirigí a la dirección facilitada por Linda.

Siempre es agradable ir al encuentro de una mujer bonita, a la que además uno puede pedir aumento de sueldo.

La mañana del domingo era apacible, suave.

Yo pensaba, después de todo, pasarlo bien.

Y un cuerno.

¿Han visto ustedes a alguien que lo pase bien cuando hasta los domingos ha de ganarse la vida?

La casa era una auténtica villa de campo, sin dejar de estar situada en el casco urbano de Chicago. Hay ciudades bien proyectadas que tienen eso: la posibilidad de vivir en el campo sin renunciar a las comodidades de la urbe. Nunca he comprendido por qué Al Capone se empeñó en hacer de Chicago una ciudad violenta. Podía haberse dedicado a plantar flores en cualquiera de sus inmensos parques y así hubiera muerto de viejo.

Bueno, no lo he dicho aún: la casa era de narices y cogote. No me extrañaba que una muñeca como Linda Mac Lane, por muchos modelitos que pasara para las revistas, no hubiera podido pagar más allá del primer plazo. Para pagar el resto hacía falta un caracol baboso con la cáscara llena de oro. Uno como Rufus Allister, vamos. Y ella lo había encontrado.

Indiqué al taxista que se detuviera a cierta distancia e hice el resto del camino a pie.

La casa aparecía aislada de las otras por un seto vegetal y una doble fila de esbeltos árboles.

No se veía a nadie por las inmediaciones.

Pulsé el timbre y se oyó el dulce sonido de una campanilla en el interior. Tardaron en abrirme. Cuando lo hicieron, apareció en el umbral un tipo con aspecto de gorila, que llevaba un pantalón negro y un chaleco a rayas como los que usan los mayordomos de las casas de postín.

Me extrañó que Linda tuviera criados allí.

Creí que si me había citado para hablar confidencialmente, era porque estaba sola.

Pero el tipo me sacó de dudas. Murmuró:

—¿El señor Norton?

—Sí.

—Le está esperando la señora. Pase.

Pasé.

Nunca debí haberlo hecho.

¡Qué delicioso domingo!

Cuando el tipo me clavó el cañón de la pistola en los riñones, pensé que lo estaba pasando bomba.

CAPÍTULO VIII

LLORA, MUCHACHO

Por la presión que ejercía el cañón —la presión de un objeto redondo— deduje que se trataba de una «Luger». El tipo que estaba a mi espalda me echó un aliento caliente y viscoso a la nuca. Con voz tensa silabeó:

—Reza si sabes, muchacho. O llora. Ya nos has dado bastante trabajo.

—¿Eso significa que no voy a daros más?

—Justamente.

Comprendí que el tipo iba a disparar. Debía tenerlo preparado todo para hacer desaparecer luego mi cadáver. Ya me imaginé —yo que todavía soy tan guapo— partido a pedazos y desapareciendo por la boca de un gigantesco triturador de basuras.

Susurré:

—¿Puedo saber por qué?

—Eso pregúntalo en el cielo, amigo. Allí encontrarás a un portero, entrando a mano derecha. Él te informará.

—¿Estás seguro de que no cometéis un error?

—El error ha sido dejarte vivo durante tanto tiempo.

Me di cuenta de que en aquel momento preciso iba a apretar el gatillo. Y de que se me llevaría por delante la columna vertebral.

De modo que hice algo que me habían enseñado muchas veces en las clases de *kung-fu*, la mortífera lucha china. Porque un detective privado no sólo ha de aprender a esquivar los impuestos, sino también a esquivar las balas. Con las manos levemente alzadas como las tenía, giré bruscamente hacia la izquierda, dejando caer la mano del mismo lado y girándola también hacia atrás. Todo eso hube de hacerlo en el tiempo mínimo que el tipo empleó para

apretar el gatillo. Mi antebrazo izquierdo se encontró con su muñeca derecha y logró desviarla. La bala brotó del cañón y rozó mi cintura, pero sin hacerme más daño que una leve quemadura en el traje.

Mientras tanto yo terminaba el giro, con la rapidez de una peonza, encarándome al pistolero.

Mi izquierda estaba baja, a la altura de su pistola. Mi derecha a media altura.

Subió como una catapulta.

Se oyó un chasquido, y mi puño pareció entrar dentro de la mandíbula de mi enemigo. Éste rebrincó hacia atrás, pero todavía sin soltar la pistola.

Sus ojos se habían puesto en blanco por unos momentos. Disparó dos veces al azar. La «Luger» llevaba acoplado un silenciador y por eso no se oyeron más que unos leves taponazos.

Yo patiné hacia una de las butacas. Vi que el individuo trataba de llegar hasta la puerta para cortarme la retirada. Pero yo no pensaba huir, y fue eso lo que le sorprendió. En realidad lo que hice fue cortarle el camino yo a él. Le envié la butaca a los pies y el gorila rodó por los suelos, sin una mala rama a la que sujetarse.

No le dejé reaccionar.

Él tenía una «Luger» y yo sólo tenía mi rapidez, de modo que salté con una especie de desesperación, aprovechando su instante de titubeo. Caí sobre su mano derecha y se la retorcí salvajemente. El individuo me mordió hasta hacerme sangre, produciéndome un dolor insoportable para obligarme a soltar la presa. Pero yo aguanté, porque si no aguantaba me volaría la cabeza con la «Luger». Hice más fuerte la presa y su brazo se rompió por dos sitios. Entonces soltó la pistola y perdió el conocimiento.

Me levanté, tragando aire varias veces, para dominar el cansancio que me había producido la breve e intensa lucha.

Luego fui al mueble-bar, tomé una botella de *whisky*, me aticé un trago que hubiera desencuadrado a un cosaco y eché un largo chorro sobre la mordedura, para desinfectarla, no fuera que aquel tipo estuviese rabioso.

Hecho esto, me incliné sobre él, y con unas cortinas lo até y amordacé. Cuando me convencí de que ya era inofensivo, me decidí a registrar la casa.

No debía haber nadie más, porque de lo contrario habría acudido al oír el estrépito que habíamos armado. Eso me hizo pensar en Linda Mac Lane. ¿Por qué no había acudido? ¿Era porque «no podía»?

Sentí que un sudor frío resbalaba por mis sienes.

No era capaz de decir lo que sentía.

Que hubieran tratado de matarme a mí era jorobante, pero ya estaba acostumbrado a que trataran de hacerlo. Lo de Linda era distinto. A ella ¿«por qué»?

Además, me quedaba sin la recompensa prometida. Ya no habría quien me pagase un níquel.

Pero confié en que Linda aún estuviese viva. Incluso pensé en que ella, por alguna razón que todavía se me escapaba, me habría citado allí para tenderme una trampa y ordenar que me dejaran seco.

Pero no.

Linda Mac Lane estaba allí. Ahogada salvajemente.

CAPÍTULO IX

LA VISITA DEL BUITRE

La descubrí al entrar en el dormitorio, un dormitorio coquetón que ella conservaba seguramente desde sus días de soltera. La cama era de barrotes niquelados, imitando un viejo estilo que volvía a estar de moda. Linda se hallaba sentada en el lecho, con la falda muy alta y mostrando toda la extensión de sus admirables piernas. Pero yo no me fijé en eso. No me fije tampoco en su rostro, un rostro que reflejaba asombro, horror, dolor y que tenía ya un color violáceo. Lo más siniestro de él era la boca abierta y la porción de lengua que salía brutalmente fuera.

Alguien había conseguido que Linda pusiera el cuello junto a uno de los barrotes de la cabecera de la cama. Entonces había pasado desde detrás un cordón de cuero y había apretado. Como el barrote impedía que Linda echara la cabeza más hacia atrás, el cordón la había estrangulado. Era la clásica y dolorosa muerte por medio del «garrote vil», que todavía está en uso en algún país, aunque muy raramente se aplique.

Sentí que el sudor helado me empapaba ya por completo.

Hasta noté una especie de vértigo.

Pese a toda mi serenidad y toda mi experiencia, no estaba acostumbrado a espectáculos así. Por un momento fui a deshacer el nudo y liberar a Linda de aquel angustioso lazo, aunque maldito si le importaba ya a ella. Pero no me atreví, porque la policía tenía que encontrarlo todo tal como estaba cuando llegase.

No sé cuánto tiempo transcurrió.

No sé lo que sentí yo entonces, en aquellos minutos dramáticos y tensos.

De pronto noté un carraspeo a mi espalda.

Me volví.

La pistola me estaba apuntando a la cabeza. Y detrás de la pistola estaban los ojos, la nariz, los labios babosos de un buitre de primera clase. Detrás de la pistola estaba la cara de Rufus Allister.

Me miraba con expresión torva, pero yo comprendí que no era dueño de sus nervios. Incluso tuve la sensación de que iba a disparar de un momento a otro para librarse de mi presencia.

Mascullé:

—Más vale que no lo haga, Rufus.

—¿Qué busca... aquí?

—Su mujer me citó.

—Mi mujer...

Miraba como obsesionado el cadáver.

Y yo tuve la oscura sensación de que no le dolía aquella muerte, pero que le sorprendía. Que él, al entrar allí, no tenía aún la menor noticia de lo que iba a encontrar en la habitación.

Barbotó:

—Pagaré por esto, sucio polizante.

—Se equivoca, Rufus.

—¿Va a decirme que no lo ha hecho usted?

—No, no lo he hecho yo. Acabo de verla muerta. Ella me citó aquí para darme unos informes.

—¿Qué clase de informes?

—Supongo no ignorará que soy un detective privado, puesto que acaba de llamarme «sucio polizante».

—Sí, claro que sé quién es. Me tengo muy aprendida su cochina cara. ¿Pero trabajaba para mi mujer?

Hice con los labios una mueca burlona, aunque malditas las ganas que tenía de reír.

—Vamos, Allister, no se me ponga sentimental ahora, maldita sea. No me diga que no lo sabía. No me diga que se entera en este momento de que su mujer me encargó un trabajo especial.

—¿Qué trabajo?

—Usted lo ha sabido desde el primer momento —insistí—. Por eso me preparó una recepción de gala a bordo de su yate.

—Tenía que encontrar aquellas cartas, ¿verdad?

—Exacto. Lo que ocurre es que ahora ya no hacen maldita la falta. Usted ha ganado, Rufus. Ahora ya no se verá metido en un

escándalo. Ahora podrá casarse tranquilamente con Nancy Taylor, si tanto le gusta ella.

Noté que palidecía.

Quizá yo había hablado demasiado.

Pero debí haberle tocado en un punto muy sensible, porque sus dientes rechinaron y tembló la mano que empuñaba la pistola.

—¿Cómo sabe lo de Nancy Taylor? —barbotó.

—También tengo imaginación, amigo. Y sé que ella mató a su marido para poder liarse legalmente con usted. De la misma forma que usted ha matado a su esposa.

Sus dientes volvieron a rechinar.

—Yo nunca hubiera matado a Linda —barbotó—. No me voy a poner a llorar porque haya muerto, ya que era un obstáculo para mí. Pero nunca la hubiese asesinado, y menos de ese modo.

—Pues ha tenido que hacerlo una persona por la que ella sintiera bastante confianza. Se sentó en la cama y apoyó la cabeza en los barrotes, sin sospechar nada. La cabecera está algo separada de la pared, de modo que el asesino pudo pasar por detrás sin que Linda recelase. Eso indica que seguía confiando en esa persona. Luego, en cuestión de segundos, la tira de cuero se cerró en torno a su cuello. Fue un asesinato premeditado y cruel. Y fue usted el que lo hizo, Rufus. Ella no hubiera tenido confianza en ninguna otra persona, hasta el extremo de quedarse indefensa. No me venga ahora haciéndose el inocente. Al fin y al cabo, ¿de qué le va a servir? ¿No piensa disparar y quitarme también de en medio?

Noté que la mano de Rufus volvía a temblar.

El buitre estaba nervioso.

Era capaz de arrearle un picotazo de plomo en cualquier momento, sin pensarlo dos veces.

De modo que decidí actuar. Hasta aquel momento, mientras hablábamos, había estado estudiando sus reacciones, y noté que tenía tendencia a apuntar del centro del cuerpo a la derecha. No era un hombre entrenado. Era simplemente un sucio mercachifle que, después de haber ganado muchos millones, estaba haciendo el aprendizaje de asesino.

Salté mientras me ladeaba hacia la izquierda.

Mis cálculos no fallaron.

El buitre disparó hacia la derecha, siguiendo la tendencia

natural de su brazo. La bala sólo me rozó. Y en cuanto hizo el segundo disparo, yo ya estaba bastante más lejos.

De un puntapié, envié contra su cara una silla tapizada de cuero.

Rufus Allister la atravesó con una bala. Los estampidos, esta vez, atronaban la casa y debían ser oídos desde el exterior. Comprendí que la policía no tardaría ni cinco minutos en llegar.

Eso me favoreció, y al mismo tiempo puso irremediablemente nervioso a Allister. Intentó huir saltando hacia la puerta, pero yo le corté el paso arrojándome sobre él.

Rodamos los dos por el suelo.

Rufus aún tenía la pistola, pero eso me importaba poco. No sabía manejarla, no era un profesional. Dos golpes seguidos en la muñeca me bastaron para que la soltase. Durante un momento fui tan dueño de la situación que no me hubiera costado nada apoderarme del arma y vaciarle la cabeza a balazos. Pero no ganaba nada matando a Rufus. Por el contrario, si me encontraban allí junto a su cadáver y el de su esposa, tendrían motivos para creer que yo era el asesino de los dos.

De modo que lo traté con cariño.

Casi lo mimé.

Del primer guantazo le partí al menos tres dientes que eran suyos y otro par que habría comprado al contado en casa del dentista. Del segundo guantazo hice que el pabellón nasal le saliera por la oreja de la izquierda. Y el tercero ya no llegué a atizárselo, porque tuve miedo de tener que cargar yo con los gastos de los funerales.

Me levanté, lo sujeté por las solapas y lo icé también. Rufus Allister ya no era el orgulloso millonario que despedía a sus empleadas cuando no se dejaban pellizcar. El tío se arrastraba sobre sus zapatos y lo estaba dejando todo perdido de sangre. Lo hice sentar sobre una butaca y lo zarandé brutalmente mientras mascullaba:

—¡Dime por qué hiciste matar a tu mujer! ¡Habla o te rompo el cuello! ¡Habla de una maldita vez, hijo de hiena!

Rufus fue a escupirme a la cara.

No me alcanzó. En cambio yo sí que le alcancé con un gancho que le envió la mandíbula a viajar hasta el cogote. Pero se me fue la mano y debí darle demasiado fuerte, porque el fulano se me

desmayó.

No era fingido. Estaba más K. O., que todos los rivales de Urtain, uno detrás de otro.

Por un momento no supe qué hacer.

La policía iba a llegar enseguida. Comprendí que mi situación iba a ser muy difícil y resolví escapar. Dejé a Rufus donde estaba y pasé a la habitación contigua.

Allí ya no tendría que preocuparme del tipo que me había atacado antes, porque estaba atado de pies y manos.

Pero me llevé una sorpresa brutal, una de las sorpresas más violentas de mi vida.

Tuve que cerrar los ojos.

CAPÍTULO X

MUÉRETE DE UNA VEZ

Le habían degollado de una manera muy poco elegante. Yo estaba poco acostumbrado a ver individuos con la yugular seccionada y la cabeza casi separada del tronco. Por eso quizá me impresionó tanto el que tenía delante de los ojos.

Habían hecho un trabajo brutal.

Las dos cuchilladas habían separado casi la cabeza de los hombros. Y el pistolero no había podido defenderse porque estaba atado de pies y manos. No había podido ni chillar, ya que yo mismo le había amordazado poco antes.

Todo el vestíbulo estaba lleno de sangre.

Aquello lo habían hecho mientras hablábamos Rufus y yo, o quizá lo había hecho el propio Rufus antes de entrar a por mí. Pero ahora no tenía tiempo de averiguarlo. Se oían las sirenas de la policía.

Busqué desesperadamente una salida, ya que la puerta principal debía estar vigilada por las personas que habían dado el aviso a los patrulleros, al oír los disparos. Pero era seguro que la finca tendría una puerta posterior. Me dirigí hacia ella.

Aquella puerta posterior era la de la cocina. Hice girar la llave, salí y me encontré en un pequeño jardín. Salté el seto y atravesé la calzada entre una riada de coches. Los vehículos me ocultaron. Un momento después estaba caminando hacía mi despacho, donde esperaba poderme tomar un vaso de *whisky* y reflexionar sobre todos aquellos diabólicos sucesos sin miedo a que me clavaran una bala por la espalda.

Mi despacho estaba vacío, como todos los domingos. Por la ventana abierta entraba el sol radiante de la mañana. La botella de

whisky estaba a medio consumir. Lyn también debía haberse atizado algún trago para mantenerse en forma.

Llené un vaso, lo bebí de un trago y a los pocos instantes me sentí mejor.

Entonces sonó el teléfono.

Era extraño. ¿Quién iba a llamarme en domingo? Me habló una voz desconocida.

—¿Señor Norton?

—Sí.

—Me han dado su número de teléfono y cinco dólares. Sólo tengo que transmitirle un recado.

—Un momento. ¿Quién le ha dado esos cinco dólares?

—Un hombre.

—Lo imagino. Pero ¿cómo era?

—Un tipo vulgar, como tantos otros... Y oiga, amigo, menos problemas. Cinco dólares no dan para tanto. El hecho de que yo quiera ganármelos no significa que tenga que aguantar sus preguntas.

Ahogué una maldición.

Imaginaba al tipo.

Uno de esos bebedores que se han quedado sin blanca en el bar y que venderían a su mujer por otra copa.

—Desembuche —barboté.

—Le daré el mensaje. El tipo de los cinco dólares dice que es el mismo que ya le citó una vez.

—¡Qué bien! Por lo visto, quiere que me muera de una vez.

—¿Qué dice?

—No importa, ése no es asunto suyo. Siga —pedí.

—Quiere que se reúnan esta noche en el Middland Bar. No sé si lo conoce. Está en el Loop, casi debajo de uno de los puentes del ferrocarril elevado.

—Sabré ir allí, no se preocupe.

—La hora son las once.

Lo mismo que la otra vez.

Su táctica era casi burda. Habían fracasado en su intentona de matarme y volvían a probarlo otra vez con el mismo procedimiento. Sentí tentaciones de olvidarme de aquella llamada telefónica.

Pero en contra de lo que yo mismo esperaba, dije:

—Iré.

Y colgué.

Me conocía a mí mismo. No podría resistir la tentación de encontrarme cara a cara con el que había tratado de matarme una vez.

Pero esta vez no iría desprevenido. No. Esta vez tomaría mis precauciones.

Si querían sangre, iban a tenerla...

El Loop estaba más desierto a aquella hora que el cementerio de Arlington un día de lluvia. Como el Loop es el barrio comercial y de oficinas, ningún empleado se acerca por allí en domingo. Ni los empleados ni nadie. La mayor parte de los bares también cierran. El Middlans era una excepción, quizá porque vendía un *whisky* muy apreciado por todos los que piensan que no hay buen fin de semana sin borrachera.

Iba a dirigirme hacia allí, caminando junto a los escaparates oscuros, cuando un coche frenó a mi lado. Me detuve y tensé todo el cuerpo. Era un patrullero.

«Ya está —pensé—. Me han atrapado».

Pero el que me hacía señas desde el interior era Kennedy, el jefe de la policía, con el que yo había hablado al principio de aquel asunto. Kennedy no parecía enfadado. Me miraba con una benévola sonrisa.

—Hola, muchacho, ¿adónde vas?

—A beber un par de copas. Supongo que no estará prohibido.

—Te acompaño. Estoy franco de servicio, aunque me veas en un patrullero.

—No, gracias. Prefiero beber solo.

—Entonces acompáñame tú. Iremos hasta Marina Boulevard y volveremos. Quiero preguntarte un par de cosas.

No tuve más remedio que acceder y sentarme a su lado. El coche empezó a rodar poco a poco. La primera pregunta fue de lo más bienintencionado e inocente.

—El teniente Curtis me ha dicho que habló contigo de la deuda. ¿Cuándo infierno pagas?

—No lo tengo todo, pero daré una cantidad a cuenta. Algo así como ochocientos dólares.

—Si fallas otra vez, haremos que te retiren la licencia. Toda la

policía de Chicago está hasta las orejas de ti. Tienes deudas de juego hasta con los que regulan el tráfico.

Era verdad.

Nunca he podido resistir ni unas bonitas piernas ni un buen mazo de cartas.

—Podéis pasar a cobrar mañana mismo —dije—. Curtis mismo podría hacerlo en nombre de todos.

—De acuerdo, lo enviaré a tu despacho. Y ahora la segunda pregunta: ¿cómo va la mujer que, según tú, mató a Joe Taylor? ¿Qué se ha hecho de aquella encantadora esposa?

Pensé que Kennedy quería sonsacarme. Era astuto y nunca abordaba las cosas de frente. Quizá sabía ya que existía alguna relación entre Nancy Taylor, Rufus Allister y la esposa asesinada de éste, que a aquellas horas debía estar siendo examinada por arriba y por abajo en el depósito de cadáveres.

—No la he visto más —murmuré.

—¿Te ocupas de ella?

—No. Pero la policía, ¿no la ha buscado?

Kennedy no me contestó.

Hizo parar el coche en una esquina solitaria, mientras el elevado —Chicago es aún una de las pocas ciudades que lo conserva— traqueteaba sobre nuestras cabezas.

—Ve con cuidado —me indicó—. Supongo que Curtis habló contigo de lo que había detrás de esto. Por el momento no se ha sabido nada más, pero sería bueno para ti que nos ayudases. Hay algunos ladrones de cajas fuertes que sólo conoces tú. Si recuerdas alguno, telefonéame. A cualquier hora del día o de la noche podré iniciar una investigación en regla.

—¿Y por qué no os dejan en paz los del CIA? ¿Por qué no se preocupan ellos?

—Porque mantener el equilibrio internacional es muy complicado, muchacho. Más de lo que parece. Y ahora lárgate.

Me largué.

Fui hacia el Middland Bar, que estaba cuatro calles más allá. Sus luces solitarias brillaban como luciérnagas en la noche. Me pareció que estaba lleno de gente, lo cual era una garantía para mí, pues a nadie lo asesinan en un lugar repleto de público.

Acaricié los cuatro anillos que me había puesto en cuatro dedos

de la mano derecha.

Los cuatro con agudas puntas más duras que el acero.

Y entré en el Middland Bar dispuesto a echar un trago y a lo que fuera.

No sabía que iba ser un trago de mi propia sangre.

CAPÍTULO XI

BUEN VIAJE A LA ETERNIDAD

El bar era como tantos otros de los que en Chicago tienen autorización para expender bebidas alcohólicas: una larga barra con dos docenas de taburetes, un espejo en la pared de atrás, con otra repisa para poder consumir bebidas de pie, y unos grandes anaqueles llenos de botellas donde un buen bebedor podía deleitarse viendo desde la mejor marca de *whisky* americano al más caro distintivo de vodka ruso.

Yo había estado allí un par de veces para una investigación. Conocía un poco el ambiente. De modo que entré y, miré a todas partes buscando un rostro conocido, una huella del que podía haberme citado allí.

Pero nada.

Todos los rostros correspondían a personas a las que no había visto jamás.

El barman me miró.

—¿Qué desea, amigo?

—Un *bourbon* doble.

Me lo sirvió mientras seguía mirándome fijamente.

Se me ocurrió que el tipo podía saber algo. Que tal vez el que me había citado era él.

—¿Es usted el señor Norton? —me preguntó.

—Sí.

—Le esperan.

—¿Dónde?

—Allí, al extremo de la barra.

Me fijé en el sitio que señalaba con un movimiento casi imperceptible de sus dedos.

El fulano estaba solo y resultaba completamente desconocido para mí. Las ocho o diez banquetas de su derecha estaban completamente vacías, y a su izquierda no había ninguna más, porque la puerta del lavabo se encontraba a dos pasos.

No me pareció un tipo peligroso, la verdad. Tenía el aspecto de esos mequetrefes a los que de vez en cuando aplasto las narices para entrenarme (y que algunas veces me las han aplastado a mí). De modo que me acerqué procurando tener las manos bien visibles sobre la barra, así como listas para salir disparadas si el tío hacía un solo movimiento ofensivo.

Pero no se movió.

Sólo me miraba con sus grandes ojos de pato muerto.

Tenía un vaso lleno de una bebida blanca que por lo visto no había probado siquiera.

—Tú debes ser Norton —dijo—. Menudo pájaro.

—Y tú, lagarto. ¿Quién eres?

—Me llamo Guss.

—Mucho gusto —dije cortésmente.

Pero lo del gusto se me pasó un instante después.

Porque el tipo había movido simplemente el vaso, con un gesto que en el primer momento no tuvo nada de ofensivo para mí.

El líquido saltó a mi cara.

No tuve tiempo ni de cerrar los ojos. Inmediatamente sentí que mis pupilas se abrasaban. La impresión fue tan terrible que de mi garganta no llegó a escapar ni un grito de horror.

Lo primero que pensé fue: «Ácido sulfúrico. Me han dejado ciego».

No era la primera vez que en los *gangs* norteamericanos se usaba esta técnica. No hace mucho, un periodista que molestaba a los jefes de banda fue liquidado de esa manera. En el primer momento me temblaron las rodillas y quedé absolutamente sin fuerzas.

Pero entonces, cuando quise reaccionar, ya me estaban empujando.

Una puerta se cerró a mi espalda.

Comprendí que me encontraba en los lavabos del bar, para lo cual sólo había sido necesario trasladarme durante un par de pasos. Nadie debía haber notado nada, o en todo caso al resto de los clientes les habría parecido el principio de una discusión sin

demasiada importancia. Y con la indiferencia típica del público norteamericano —sobre todo cuando está bebiendo— dejaban que nos las compusiéramos solos.

Pero aquello no era una pelea. Era un asesinato.

Me di cuenta cuando alguien me zarandeaba, intentando trasladarme de nuevo. Hice un gesto desesperado, apreté los dientes y disparé mi puño derecho.

Si llego a encontrar a alguien en mi camino, lo dejo seco. El impacto de los cuatro anillos hubiera acabado con la cara de cualquier hombre. Pero no encontré una cara, sino la pared. Por poco me rompo la muñeca. Todo mi brazo crujió, produciéndome un dolor tan insufrible como el que sentía en los ojos. Y a partir de aquel momento dejé de pegar, porque no sabía dónde estaba.

Noté que me empujaban otra vez.

Y un soplo de aire fresco me dio en la cara.

Debíamos estar en la calle, pero junto a una puerta trasera del bar. De acuerdo con el dueño de éste, todo se encontraba muy bien preparado. Aquello era un callejón en el que sin duda había un coche.

No me sorprendió en absoluto oír el chasquido de la portezuela. Ni notar el empujón con el que me enviaron hacia uno de los asientos. El posterior, sin duda, porque no noté el contacto del *tablier*, sino el de los bordes de los asientos delanteros.

Arrancamos.

Yo me sentí indefenso pensando que no iba a poder abrir los ojos nunca más. Quizá por eso me dejé atar los pies y luego las manos a la espalda.

Los dos tipos que me manejaban eran muy hábiles. Y, por si faltara algo, desde los asientos delanteros alguien me apuntaba con una pistola, clavándome el cañón en la frente. De modo que estaba más indefenso que una rata metida en una jaula. Comprendí que esta vez había caído de cuatro patas en la trampa. ¡Ahora, que creía ir prevenido!

Pero el dolor de mis ojos, en lugar de aumentar, disminuía.

Ahora sentía la picazón clásica del que los ha mojado, por ejemplo, con agua de colonia. Todo eso me impedía abrirlos. Pero me daba cuenta de que la cosa no era tan grave como había temido al principio.

Tampoco la cara la tenía abrasada, lo cual me hubiera producido un dolor insufrible.

No habían empleado, pues, ácido sulfúrico, sino algún líquido irritante, seguramente a base de alcohol.

Poco a poco me atreví a abrir los ojos y pude ver algo. Estaba en el diván posterior de un «Chrysler», con un enemigo a cada lado. Desde delante me apuntaban, en efecto, con una pistola. Íbamos por los suburbios de Chicago en dirección sur. Reconocí algunos lugares, como por ejemplo el canal de Michigan, que dejamos atrás, y la zona de Buffalo Woods, a la altura de la calle Ochenta y Siete.

Nos dirigíamos al Calumet Channel, que también atravesamos. Yo parpadeé.

—Te extraña que te dejemos ver todo esto, ¿verdad? —murmuró el tiburón de la derecha, interpretando mis pensamientos.

—Sí. Creí que no me enteraría del sitio a que me lleváis.

—Todo tiene su explicación. Y muy sencilla.

—La explicación sencilla es que vais a matarme.

El tipejo rió.

Estaba seguro de cuál era mi fin. Y la verdad era que esta vez no veía modo de escaparme.

Bruscamente viramos a la izquierda, dirigiéndonos al lago por una serie de suburbios industriales donde sólo abundan grandes *parkings* y chimeneas grises que enviaban humo al cielo incluso durante el fin de semana. No se veía ninguna clase de tráfico por allí. La zona más hostil de Chicago aparecía ante mis ojos. Las aguas del lago, al fondo, eran grises y turbulentas, color tormenta.

Pronto nos encontramos a menos de cien yardas de las aguas. El camino era ya muy desigual y estaba mal asfaltado. En su último tramo formaba una rampa descendente cortada bruscamente por un cartel:

«Peligro-obras. Zona pantanosa. Tráfico desviado a la izquierda».

Pero no nos desviamos a la izquierda, sino que seguimos en línea recta. Yo imaginé que en aquella zona de obras debía haber algún guardián, pero también imaginé que o le habrían hecho beber hasta que no se diera cuenta de nada o que le habían atizado un

porrazo en la nuca. En un caso u otro, los resultados eran los mismos. Allí nadie iba a poder ayudarme.

El coche se detuvo.

Allí la rampa era muy pronunciada.

Habíamos sorteado una valla. Entre nosotros y el pantano no había ningún obstáculo. Y llamo pantano a aquello porque lo era. Se trataba de una zona antes cubierta por las aguas, y que ahora era una insalubre marisma. No resultaba demasiado grande y la estaban eliminando poco a poco. Pero, en lo que a mí me afectaba, aquello era un pantano tan siniestro y tan peligroso como si me lo hubiera encontrado de repente en las selvas de Nueva Guinea.

Con el freno de mano puesto, el conductor descendió. Luego lo hicieron también los demás. Quedé solo en el diván posterior, con las manos y los pies atados. No había forma de que hiciera un solo movimiento.

Por el cristal de la ventanilla bajado, uno de los tiburones se rió de mí, echándome su aliento pastoso a la cara.

—Mal fin de semana vas a tener, muchacho. Las ruedas están encaradas hacia el final de la carretera, y las puertas están aseguradas para que no puedan abrirse desde dentro. Claro que tú tampoco podrías... Pero así nos quedamos todos más tranquilos. Será inútil cualquier esfuerzo que hagas, muchacho, de modo que será mejor que ahorres energías para el más allá. Al final de la carretera, el coche dará un saltito y... ¡plaff!

Aquel «plaff» era muy expresivo. Me llegó al alma.

—El coche se irá hundiendo en el pantano, ¿eh? —mascullé—. Y dentro de cinco minutos no quedará ni rastro.

—Justo, muchacho. Ni rastro.

Y volvió a reírse.

Me enseñaba todas sus muelas cariadas, el muy buitre. Pero yo no podía tener ni el consuelo de acabar de partírselas en pedazos.

Cuando se hubo dominado un poco, después de lo bien que lo estaba pasando, añadió:

—Hemos estudiado un poco el plan de obras de esta zona. No dragarán en serio el pantano hasta dentro de tres meses, y para entonces me gustará saber lo que van a encontrar de ti. Vas a estar como para exhibirte en una exposición, muchacho: rebozado en barro y con una cara de salud estupenda.

Escupí a la cara de aquel tío, pero tuve mala puntería. Mi disparo de artillería se perdió inútilmente en los zapatos del *gángster* que estaba dos pasos más allá.

El primero volvió a reír.

—No te pongas nervioso, Norton, porque de nada va a servirte. Cuando el guardián de las obras vuelva después de beberse la botella de *whisky* que le hemos pagado, no notará absolutamente nada. No hemos tocado ni una valla, de modo que el lunes la gente seguirá trabajando normalmente. La lástima es que ya no podrás oír las máquinas excavadoras trabajando a cinco o seis yardas de tu cabeza. Y ahora... ¡basta de charla! ¡Abajo! ¡Buen viaje!

Abrió la puerta delantera izquierda, retiró el freno de mano y volvió a cerrar.

El coche empezó a deslizarse por la rampa. Lo hacía poco a poco al principio. Luego con creciente velocidad.

Las ruedas no se desviaban. La dirección estaba bien fija.

Íbamos de cabeza al pantano.

Desesperadamente intenté librarme de las ligaduras, pero era inútil. Ya había notado antes que estaba muy bien sujeto. Volviéndome de espaldas, intenté también con los dedos abrir la portezuela posterior, junto a la cual estaba, para intentar saltar del coche en marcha antes de llegar al pantano.

Pero fue inútil igualmente.

No me habían engañado. Las puertas estaban aseguradas, de modo que no podían abrirse desde el interior. Miré como obsesionado, a través del parabrisas, la carretera que se terminaba. Y la masa gris del pantano que cada vez estaba más cerca, obsesionalmente más cerca.

Unas gotas de sudor helado resbalaban por mis facciones.

Nunca hubiera imaginado una muerte así.

Nunca había pensado que mi muerte sería tan nauseabunda.

La noche era oscura, y por lo tanto solo veía las cosas muy confusamente. Pero la cinta clara de la carretera y la masa oscura del pantano al fondo eran puntos de referencia que no fallaban. La cinta clara se estaba acabando. La masa negra ya estaba casi bajo las ruedas.

No sé por qué fui tan estúpido de contar los segundos. No sé qué impulso me llevó a cronometrar mi muerte.

—Uno... Dos... ¡Tres!

Las ruedas se despegaron del suelo.

El «Chrysler», como me habían dicho, dio un salto en el aire.

Y se hundió hasta la mitad en una masa pegajosa, gelatinosa, oscura.

A partir de aquel momento sí que iba a ser imposible del todo, abrir las portezuelas. La masa de barro las presionaba desde fuera. Yo estaba como una sardina metida en su lata.

Claro que tenía bajado el cristal de mi portezuela, pero eso me servía de bien poco. Caso de lograr salir por allí, caería de todos modos al pantano.

Lamenté no haberlo probado antes, cuando aún estaba en la carretera.

Pero había cometido el error de intentar abrir toda la portezuela, para así conseguir un salto que no fuera mortal. Y con aquello había perdido unos segundos preciosos. Luego ya no había tenido tiempo de rectificar.

Noté que el coche se hundía poco a poco.

La oscuridad, una oscuridad espesa y caliente, me rodeaba.

Intenté calcular los minutos que me quedaban de vida. Dos o como máximo tres... El peso del coche hacía que éste se hundiera rápidamente. Saltando al exterior por la ventanilla conseguiría tal vez sostenerme dos o tres minutos más, porque mi peso era menor. Pero con eso no haría más que alargar mi horrible agonía.

Cerré los ojos.

No había rezado en bastantes años, lo confieso, y ahora, repentinamente, me acordé de rezar.

Aquello era el fin.

Todos tenemos uno, y el mío iba a ser particularmente cruel. Pero ya no podía hacer nada por evitarlo.

Bruscamente abrí los ojos. Quería «ver» mi muerte.

No iba a estar allí, asustado como un niño. Quería darme cuenta de lo que iba a ocurrir. Y lo que estaba ocurriendo era algo que me secó brutalmente la boca.

El coche ya se había hundido hasta la mitad. Y el barro subía y subía lentamente.

Pronto asomó por el borde del cristal.

Pronto entró en el interior del coche.

Sentí deseos de chillar, de maldecir, de hacer algo para arrojar fuera todo el horror contenido en mi garganta.

Pero ni eso pude hacer.

Me quedé quieto, estúpidamente quieto, viendo cómo el barro subía y subía, cómo lo llenaba todo...

Y de pronto, cuando ya me daba por muerto, cuando ya me había resignado a mi viscoso fin, vi aquella cosa entrar por la ventanilla.

Me pareció absurdo.

Tanto que en el primer momento me negué a creerlo, y pensé que estaba sufriendo esas alucinaciones que según me han contado preceden al momento de la muerte.

Pero no, no era una alucinación. Se trataba de un cabo de cuerda a cuyo extremo había una piedra para darle impulso en el momento de lanzarla.

Alguien trataba de ayudarme.

No sabía quién, pero me así a esta última esperanza como el naufrago se sujeta al clásico clavo ardiendo. Puesto que no disponía ni de las manos ni de los pies, sujete la cuerda con los dientes. Y di un par de enérgicos tirones para advertir al del otro lado que me hallaba dispuesto.

Todo dependía ahora de unos segundos.

Si llegaba a hundirme en el barro, ya nadie me sacaría de allí.

De modo que resbalé poco a poco hacia afuera, procurando no tomar ningún impulso y posarme suavemente en la superficie pantanosa. Lo conseguí, al menos en parte, porque durante algunos segundos estuve como patinando en aquella viscosa masa.

Mientras tanto tiraban de la cuerda.

Yo la mantenía entre los dientes con todas mis fuerzas. Por fortuna tengo una dentadura sana y unas mandíbulas fuertes. Los maxilares me dolían horribilmente de tanto apretar, pero si cedía estaba perdido, de manera que no cedí.

Poco a poco fui acercándome a la orilla.

Pero también me fui hundiendo.

El arrastre se hacía más y más difícil, al adherirse el barro a mi cuerpo. Desde el otro lado tiraban con insistencia y yo mordía la cuerda con desesperación, sintiendo que temblaban por el esfuerzo hasta las más profundas raíces de mis dientes.

No podía ver al que me ayudaba.

No podía verlo por la sencilla razón de que me convenía más estar de espaldas a él —o a ella— y hacer pasar la cuerda, en lo posible, por debajo de uno de mis codos, a fin de que todo el esfuerzo no tuviera que hacerlo con la boca.

Llegué al fin al borde del pantano.

Me parecía que el arrastre había durado horas y horas. Tenía la boca llena de sangre. Todo el cuerpo me dolía a causa de la espantosa tensión.

Y sin embargo, aquello había durado apenas ocho o diez minutos. Toda una eternidad para el que ha estado al borde la muerte.

Solté la cuerda y noté que ésta quedaba floja.

Ya nadie tiraba de ella.

Estaba solo, más solo que un extraviado en el desierto.

Busqué con los ojos a la persona que me había salvado, pero ya no la encontré.

Había desaparecido.

No podría saber quién era. Estaba solo con mi misterio, sólo con las estrellas que tachonaban el cielo. Las únicas que, tal vez, hubieran podido darme una respuesta.

CAPÍTULO XII

UNA VIUDA CON RECURSOS

Después de estar un buen rato quieto, recuperando el ritmo normal de la respiración —pues mientras sostuve la cuerda con los dientes apenas pude tomar aliento—, empecé a pensar. Y lo primero que pensé, claro, fue en si me habrían visto salir del coche los que me habían metido allí como el que mete a uno en su ataúd.

Pero no, no me habían visto.

Dando por descontado que yo la pringaría, se habían alejado de allí antes de que el vigilante volviera. Además, la oscuridad casi impenetrable hacía muy difícil que me hubieran visto, aun caso de estar en sus puestos. La cinta blanca de la carretera apenas se distinguía desde el lugar en que yo me encontraba.

Me puse en pie.

Traté de buscar huellas de la persona que me había ayudado, y en efecto las vi. Eran huellas de zapatos de hombre, pero eso poco significaba, porque una mujer también podía haberlos calzado. De todos modos noté que las huellas eran bastante grandes; eran las típicas de un zapato masculino.

Ya que no podía hacer nada más allí, decidí largarme cuanto antes.

Fui andando por el desierto suburbio industrial, bordeando los *parkings* vacíos donde el lunes se alinearían centenares de camiones repartidores, dejando atrás las chimeneas y los campos que un día también serían zona industrial. Cuando llamé a la puerta de Isaac Mac Comby, habían parado casi dos horas.

Isaac Mac Comby se dedica al negocio de ropas usadas. Sus padres eran judíos polacos de no sé qué época, porque él aparenta tener unos doscientos años. Sin embargo, estaba bebiéndose

alegremente una botella con una jovencita de veinte cuando yo turbé su «descanso».

—¿Qué quieres ahora, maldito pesquisa? ¿De dónde vienes, hecho un guarro? ¡Vete al infierno!

Como ven, Isaac me quiere mucho. Y eso que siempre que le he comprado algún traje para disfrazarme por necesidades profesionales, le he pagado puntualmente, es decir, sólo con un par de años de retraso.

—He estado a punto de ahogarme en un pantano, Isaac. Necesito ducharme, echar un trago y cambiarme de ropas.

La chica de veinte años que estaba dentro le animó:

—Hala, déjale pasar, Isaac. Deja que se dé una ducha. Yo le daré masaje.

—¡Tú te callas!

Yo también me animé al ver a la chica, ésa es la verdad. Pensé que el burro de Isaac no sabría qué hacer con ella, de modo que le guiñé un ojo y pasé.

La chica no me dio masaje, pero me aticé media botella de *whisky* antes de entrar en la ducha. Y cuando salí de ella, terminé el trabajo. Isaac me miraba de reajo, lanzando maldiciones, mientras largaba pellizcos a la chica.

He de reconocer, sin embargo, que el traje que me dio me sentaba perfectamente. Una vez me lo puse, parecía otro. Hasta la camisa, la corbata y los zapatos hacían un juego impecable.

Isaac contrató:

—Me debes sesenta dólares.

—No los llevo encima, pero te los pagaré enseguida. He reunido todos mis ahorros. Te aseguro que, si no me roban, liquidaré mis deudas en un santiamén.

—Es que si no me pagas avisaré a la policía.

—No te preocupes, muchacho. Es a la policía a la que debo dinero...

Y me largué a mi casa, tratando de dormir.

Pero no pude. Me imaginaba cien veces a mí mismo en el fondo del pantano. Me parecía verme cuando, tres meses más tarde, sacaran el coche de la ciénaga.

Era como para desanimar a cualquiera.

De modo que di media vuelta en la cama y me dediqué a pensar

en algo más agradable. Me dediqué a pensar en Lyn.

Pero tampoco pude dormir.

Y esto por otros motivos que ustedes adivinarán fácilmente.

Porque hay que ver lo que yo pensaba de Lyn, amigos. ¡Qué tío estaba yo hecho! Y ella... ¡qué tía...!

Había amanecido el lunes, ese lunes nefasto de los semáforos, de los despertadores y del eterno vuelta a empezar. La gente se levantaba con sueño de la cama. Las mujeres de los obreros y los empleados refunfuñaban. Los obreros y los empleados no quiera usted saber. Y más de un patrono pensaba, sentado en la cama, en apretar los tornillos un poco más, porque si no él no iba a poder comprarse otra finca.

Yo, por fortuna, no tenía hora fija para ir al despacho. De modo que me duché bien, me afeité con cuidado, me puse mi traje más impecable y salí a la calle dispuesto a comerme cruda a Lyn.

Después de los sueños de la noche anterior, las cosas no podían quedar así.

Desayuné un poco más fuerte que de costumbre para darme ánimos.

Compré un ramo de flores.

Y entré en tromba en la oficina, dispuesto a llevarme a la chica por delante.

—Hola, Lyn —murmuré mientras empujaba la puerta—. Hola, querida.

—Viene usted muy amable hoy, señor Norton —me dijo la señora Minford.

Quedé helado.

No me acordaba ya de que las breves vacaciones de la señora Minford acababan justamente aquel día.

Ella susurró:

—Parece que Lyn ha ocupado mi puesto a entera satisfacción, señor Norton.

—Sí —dije yo, carraspeando—. A... a entera... sa... satisfacción. ¿Ha llamado alguien, señora Minford?

—Sí, una mujer.

—¿Ha dado su nombre?

—No. Ha dicho que vendría a verle esta misma mañana. Pero no he podido saber quién era.

—En ese caso esperaré.

Y me puse a repasar unos datos contables con los cuales un cliente mío trataba de demostrar que su socio era un estafador de tomo y lomo. Claro que lo que deduje de aquellos datos fue que se estafaban los dos, lo cual me puso en un verdadero aprieto.

La señora Minford se había ido a tratar de cobrar unos recibos a ver si así ella, a su vez, podía cobrar a fin de mes.

Yo me había quedado solo, abstraído en mi trabajo, sin darme cuenta.

Y de pronto oí aquel carraspeo:

—Ejem... Ejem...

Alcé la mirada.

Sus rodillas.

Cuerno, qué rodillas...

Su cintura.

Cuernos, qué cintura...

Sus labios.

Cuernos, qué... qué...

Bueno, no sigo.

Yo ya sabía que aquella maldita de Nancy Taylor estaba muy bien, pero que muy bien. Y además le sentaba a las mil maravillas el luto que la muy zorra llevaba por su maridito muerto.

Ella me sonrió, sentada como estaba al otro lado de la mesa y cruzó las piernas más audazmente todavía.

—Hace tiempo que pensaba venir a verte, Norton.

—Pues celebro que te hayas decidido al fin. ¿Y para qué querías verme?

—Para decirte que eres un sucio hijo de perra.

—Cada día estás más amable. ¿Y a qué se debe ese elevado concepto que de repente tienes de mí?

—Sé que me acusas de la muerte de Joe.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión?

—No es tan difícil. La policía me sigue discretamente, me vigila, anota todos mis movimientos. Para llegar hasta aquí he tenido que hacer equilibrios y despistar a un polizón que se me pegaba como mi propia sombra. He hecho averiguaciones y he sabido que tú les pusiste sobre aviso. Además eras el único que sospechabas de mí.

—Nunca he tratado de engañarte. En efecto, estoy seguro de que

tú mataste a Joe Taylor.

—¿Y has hablado con la policía?

—Sí.

—Eres un cerdo.

—¿Por qué?

—Porque no tienes pruebas.

—¿Pruebas? ¿Quieres más que las que yo mismo vi con mis ojos? ¿No fui testigo de un intento de asesinato? ¿Y no llegué a ver con bastante claridad los otros dos? ¿No es eso bastante? ¿O qué hace falta? ¿Un acta notarial explicando cómo lo mataste?

Ella se mordió el labio inferior e hizo luego un gesto de desprecio.

—Tú no sabes nada, Norton. Joe y yo fuimos a California para un asunto que nos interesaba, y en Sausalito él tuvo un accidente. Eso es todo. También te hubiera podido pasar a ti.

—Un accidente la mar de casual. En cambio, a ti no te pasó nada.

—Yo no iba con él.

—Y me apuesto cualquier cosa a que el coche no llevaba líquido de frenos o tenía la dirección averiada a propósito.

—No tienes ninguna prueba. Y además la policía examinó el vehículo. No tenía ningún fallo.

—Después de convertido en un coche a la parrilla, ¿qué demonios iban a encontrar?

Suspiró con cansancio. Estaba visto que yo no la convencía, como ella tampoco podría convencerme a mí.

—Pero de todos modos no sé por qué te preocupas —dije—. Has tenido éxito. Aunque la policía te vigile, no llegarán a ninguna parte. Tu maridito está muerto y tú vas a cobrar el suculento importe del seguro. ¿O tal vez me equivoco?

—De momento están retrasando el pago, pero cobraré. Verás... Quisiera convencerte de que soy inocente.

—¿Todo ha sido una cadena de casualidades?

—Sí.

—Pues es como para que uno crea en las hechicerías, muñeca.

—Puedo demostrarte que estás equivocado. Tengo pruebas.

—¿Dónde?

—En la casa que he alquilado cerca del aeropuerto Du Page, un

poco al norte de la carretera 64.

—Conozco el sitio. Hay allí algunas bonitas jaulas para las pájaras como tú. Chalets de lujo y cosas por el estilo. Supongo que ahora podrás pagarte lo que te dé la gana.

—Más o menos así es. Pero lo que me interesa es que te convenzas de mi inocencia y dejes de darme la lata.

—Está bien, iremos allí.

Ella se puso en pie.

Era una mujer como para ir, no a la carretera 64, sino al fin del mundo. ¡Y qué bien le sentaba el luto, diablos! ¡Y con qué picardía había aprendido a moverse!

Imaginé la clase de «pruebas» que quería darme.

Ella contaba con llevarme a su casa. Contaba con el ambiente. Contaba con su belleza.

Y con mi debilidad.

Diez minutos después de llegar allí, era seguro que yo me habría convertido en el más incondicional de sus aliados. Que me parecería como si el mundo estuviera compuesto solo por las curvas de Nancy y por la sensacional inocencia de Nancy.

Pero acepté correr el riesgo, de modo que nos largamos allí en su descapotable, que era un último modelo macanudo. Aunque ella no hubiera cobrado el importe del seguro, estaba claro que ya hacía gastos a cuenta. O tal vez la cosa estaba más clara aún: Rufus Allister no quería que su nueva amiguita fuese por ahí con un utilitario cualquiera.

Efectivamente, la pájara tenía un buen nido.

Me recordó un poco el de Linda, en el que la joven había encontrado tan trágica muerte. Al igual que aquél, era moderno y estaba rodeado de césped. Tenía dos pisos y una entrada independiente para el garaje. Pero los terrenos eran allí más baratos que los del sitio en que había muerto Linda. La proximidad del aeropuerto, con sus ruidos, era un importante *hándicap*.

El interior estaba amueblado con gusto ultramoderno. No faltaba ningún detalle. Apretabas un botón y se abría un armario. Apretabas otro y aparecía un mueble-bar. Apretabas otro y... Bueno, yo no quise probarlo. A lo peor aparecía un tío con una ametralladora.

Ella preparó dos combinados y se sentó frente a mí todo lo

sugestivamente que sabía.

¡Y sabía, la condenada!

Toda mi pobre vida de investigador privado sin recursos me pareció un absoluto fracaso por el solo hecho de no haber podido tener a aquella mujer.

—¿Fumas?

Me había ofrecido cigarrillos.

Yo acepté.

—Te daré fuego yo misma —dijo.

El tenderme el encendedor de oro era un pretexto para acercarse a mí. Lo malo era que los dos lo sabíamos. Me la encontré casi encima sin que se hubiera molestado en prender fuego al cigarrillo. Y yo envié el cigarrillo al diablo, es decir, contra la pared frontera. La estreché entre mis brazos. La besé en la boca.

Ella se dejó besar.

Y ayudó un poquito.

Luego un poquito más.

Diez segundos después, yo ya empezaba a creer en su inocencia. Y veinte más tarde, en menos de lo que tarda en cambiar de luz un semáforo, Nancy era para mí la mujer más inocente del mundo.

Comprendí que me estaba metiendo en la tela de araña. Que llegaría a creer lo que ella quisiera.

Pero ni me importó estar en la tela, porque... ¡con menuda araña iba a pelearme!

Ella susurró, mientras me «ayudaba» a que la besase de nuevo:

—Tonto...

—A partir de este momento, empiezo a creer que lo soy.

—¿Aún no crees en mi inocencia?

—Estoy empezando a creer en todo lo que tú quieras.

—Una no tiene la culpa de ser una buena chica.

—¡Y tan buena...!

—Ni tiene la culpa de que la gente se ponga a malpensar con cualquier motivo.

—Cierto, con cualquier motivo.

—Tú dirás a la policía que tus sospechas no eran ciertas, ¿verdad?

—Tú me apuntas en un papel lo que quieras que diga y yo lo canto en latín, nena.

—¡Qué feliz que soy! —murmuró, mientras se acurrucaba contra mí.

—¡Y qué celestial e inocente! —susurré yo.

Pero de repente sí que lo fue.

Más de lo que yo pensaba.

Porque de repente se transformó en un angelito al que sólo faltaban las alas...

Todo por obra y gracia de aquella maldita flecha.

CAPÍTULO XIII

EL ARQUERO

Yo había visto morir a mucha gente a consecuencia de los flechazos, pero sólo en las películas del Oeste. Así de verdad, en Chicago, en 1970, y ante mis narices, no había visto morir a nadie.

Quizás eso explica el que me quedara paralizado unos instantes. Quizás eso explica que al principio no supiera lo que ocurría.

La flecha que se había clavado en la espalda de Nancy Taylor era de gran tamaño, exactamente del tamaño de las que se usaban en los buenos tiempos del Oeste. Comprendí que le había atravesado el corazón. Lanzada a corta distancia y con una singular potencia, la punta de la flecha sobresalía un poco —manchada de sangre— por la parte delantera de su cuerpo. Si no me había punzado también a mí, se debía a la casualidad de haber tropezado con un botón de la americana.

Tardé unos segundos en entender aquella situación inconcebible. Luego solté a la mujer.

Ella cayó pesadamente de bruces, con el mango de la flecha sobresaliendo siniestramente de su espalda.

Pero entonces dejó de protegerme con su cuerpo, y yo comprendí que el próximo regalo sería para mí.

Aunque no entendí nada de aquello, me lancé de costado. Y lo hice a tiempo.

Unos segundos de retraso y me dejan también a mi convertido en un angelito.

La segunda flecha rasgó los aires en el momento en que yo saltaba. Un arquero dispara mal contra un blanco que se mueve con rapidez, porque necesita mover todo el cuerpo para rectificar el tiro. Ésa fue la razón de que no me alcanzara de lleno; solamente me

rozó. El dardo se clavó profundamente en los relieves de madera de una de las paredes, haciéndome comprender la terrible fuerza que llevaba.

Entonces pasé al ataque. No esperé a que el asesino cargara y disparara de nuevo.

Atravesé la puerta como un ciclón y entonces lo vi. Me encontré cara a cara con él, justo cuando se disponía a tensar de nuevo el arco. Lancé un grito de asombro.

Porque era... ¡Rufus Allister!

Bien mirado, no sé por qué tuve de asombrarme. Rufus había aparecido en el escenario del crimen cuando estaba su esposa muerta. Podía pertenecer a un club de arqueros y ser experto en el manejo de las flechas, porque el tiro con arco es un deporte aristocrático. Muchas cosas le acusaban, si íbamos a mirar la cuestión con detalle.

Pero yo en aquel momento no había visto con detalle aún nada, y por eso me asombré tanto.

—¡Rufus Allister! —repetí.

Él aprovechó mi instante de vacilación para dispararme la flecha que ya tenía preparada.

Esta vez tuve la ventaja de que «le vi venir». La flecha es un arma demasiado elemental si uno distingue al arquero. Nuevamente me rozó y fue a empotrarse en la puerta.

Rufus comprendió que no conseguiría liquidarme ya. No tenía tiempo ni para sacar una pistola, en el caso de que la llevara. Saltó hacia atrás y desapareció por la puerta que tenía a su espalda.

Yo fui tras él. Cuando la necesito, tengo una buena agilidad. Estuve a punto de atraparlo, pero tropecé con uno de los muebles que había junto a la puerta. El no conocer el terreno me perjudicaba. Él pudo huir por una segunda puerta que había al otro lado de la habitación.

Yo entré también, y de pronto me encontré en un recinto completamente oscuro. Todas las ventanas estaban cerradas, con las persianas echadas también. No entraba más luz que la que había proyectado yo mismo al abrir la puerta. Pero en esa luz me recortaba yo, de modo que si no me movía estaba en inminente peligro de muerte.

Eso fue lo que ocurrió. Rufus me veía, mientras que yo no podía

verle a él. Disparó dos veces con uno de esos revólveres de señorita que tan fastidiosos resultan a corta distancia. Sobre todo fastidioso para mí, porque sentí una rozadura en la mejilla y comprendí que había estado a punto de volarme la cabeza.

Cerré la puerta de golpe, mientras dejaba que la oscuridad se hiciera del todo impenetrable.

Rufus no volvió a disparar. Ahora los dos zigzagueábamos en las tinieblas, con la ventaja para él de que conocía el terreno perfectamente. Decidí permanecer quieto junto a la puerta por si tenía que salir. Incluso contuve la respiración. En el silencio casi espectral que se hizo a mi derecha, me pareció el roce del cuerpo de mi enemigo que se acercaba poco a poco.

Me lancé hacia allí, pero era una trampa. Rufus simplemente había movido una alfombra, mientras él permanecía en su lugar. Al notar mi salto, me envió dos balas más.

Las dos pasaron entre los dedos de mi mano derecha, sin tocarme. Rufus disparaba al azar y con demasiados nervios. Pero si lo que pretendía era frenarme, lo consiguió. Un momento después yo me había lanzado hacia atrás, renunciando a pelear en aquellas condiciones. Un disparo más y sería hombre muerto.

Por eso avancé de nuevo hacia la puerta por la que acababa de entrar. La abrí y salté en fracciones de segundo para que mi silueta no se recortara a la luz. Aun así, una nueva bala me produjo un agujero en la pernera izquierda del pantalón.

Confieso que si salí por piernas de allí fue porque mi situación no resultaba demasiado cómoda. En otras palabras, sentí miedo de dejarme la piel. Pero además era estúpido hacer que me matasen cuando yo era el único testigo de cargo de un asesinato.

Me encontré de nuevo en el salón donde estaba Nancy, sin saber muy bien cómo había llegado hasta allí. Supuse que Rufus recargaría el arma y me perseguiría para tratar de acabar conmigo.

Ahora el buitre había jugado muy fuerte y no podía abandonar la partida.

Si yo seguía vivo, podría acusarle ante el fiscal del distrito. Necesitaba matarme. Necesitaba quitarme de en medio a costa de lo que fuera.

A mí los lunes siempre me han resultado antipáticos. Sobre todo aquél. Pensé que los disparos se oírían desde fuera, aunque no

demasiado debido al pequeño calibre del revólver. Pero era muy dudoso que alguien pudiera oírlos, porque ya he dicho que la casa estaba en una zona aislada, rodeada de césped. Y además los ruidos intermitentes del aeropuerto de Du Page debieron ahogarlos por completo.

De modo que decidí convertirme en una especie de rompetechos. Mejor, de rompeventanas. Salté hacia la que estaba más próxima y la hice astillas con el peso de mi cuerpo.

Bonito oficio el mío.

Cuando rodé por el césped, me dolían todos los huesos. Y como había muerto Linda, mi cliente, yo no tenía ni el entierro pagado.

De eso del entierro me acordé enseguida.

Porque Rufus Allister había decidido que muriera de todos modos.

Y estaba allí. Apuntándome. Dispuesto a vaciar todas las balas de su revólver en mi cabeza.

Sin duda el tiburón había adivinado mis pensamientos y acababa de salir por una de las puertas que daban al jardín. Cuando rodé por el césped, el tío me estaba esperando. Rió malévolamente mientras arqueaba las piernas y me apuntaba a la cabeza.

—Lo siento —dijo—. Lo siento, muchacho. Tenía que suceder.

Era, por decirlo así, un asesinato al aire libre.

Pero nadie nos veía. No nos vieron tampoco los tripulantes de la avioneta que pasó a poca altura sobre nuestras cabezas. Para lo único que sirvió su paso fue para que el zumbido del motor ahogase el ruido de los disparos.

Porque Rufus disparó enseguida, pero a mis pies, para impedir que me moviese. Había querido inutilizarme el tobillo para dejarme inservible y falló. De todos modos me tenía a su merced. Yo no había podido saltar, no había podido escabullirme del área que él dominaba con su revólver.

Me apuntó con cuidado al centro de la cabeza.

Una avioneta pasó casi rozando el tejado de la casa, al despegar de la pista que había más allá de los setos. Rufus tuvo un leve sobresalto y sus ojos se desviaron hacia arriba durante unas fracciones de segundo. Fue ése el momento que aproveché. Sabía que no iba a tener otro.

Cuando él bajó los ojos y disparó, yo ya me había lanzado en

plancha.

La bala me rozó los cabellos en el momento en que yo le abrazaba. Rodamos por el suelo los dos. Desde el principio de aquella maldita aventura, Rufus Allister había estado intentando matarme, de modo que ahora no vacilé ni gasté cortesías. Tras golpearle salvajemente la muñeca derecha, le golpeé también la parte interior del cuello.

Supe que el impacto podía ser mortal. El tipo se me arrugó. De todos modos aún no estaba vencido, porque hizo el puente con extrema habilidad. Yo volé, dando una vuelta de campana.

Por fortuna no pudo recuperar el revólver, aprovechando mi desventaja. De lo contrario me hubiera matado. Pero pensó más en huir que en otra cosa, al ver el revólver lejos. Dio un ágil salto hacia la ventana que yo mismo había roto con mi cuerpo.

Esta vez el que pude matarle fui yo, pero no lo hice porque quería capturarlo vivo. Sin su declaración, no desentrañaría jamás aquel condenado misterio. Salté también.

Le vi correr por el interior de la casa.

No pensé que el granuja tenía un propósito muy concreto. Me pareció que corría al azar, pero no era así. Me estaba atrayendo hacia un despacho donde había un armero con unas cuantas escopetas que parecían de adorno, pero no lo eran. Lo comprendí cuando le vi empuñar una de ellas. Debía estar cargada con postas, y las postas me hubieran deshecho sin necesidad de que Rufus apuntara.

Busqué desesperadamente una salida. Mis ojos rodaron por la habitación y no encontraron más que el arco que Rufus Allister había abandonado unos minutos antes. Una de las flechas aún estaba casi puesta en él.

Casi no lo tensé.

A aquella distancia era innecesario, y además necesitaba ganar unas décimas de segundo. Era la primera vez que yo empleaba un arco y una flecha. Le vi tambalearse, alzar la escopeta, apretar el gatillo...

Todo el techo quedó materialmente acribillado de metralla.

Si la reacción llegaba a ser contraria, si en lugar de inclinar el cuerpo hacia atrás al recibir el flechazo lo llega a inclinar hacia adelante, me deja convertido en papilla. Fue entonces cuando vi la

expresión de la muerte en su rostro. Fue entonces cuando giró sobre sí mismo y cayó, tratando desesperadamente de arrancarse la flecha.

Yo me acerqué a él.

Sabía que estaba listo.

La punta debía haberle rozado el corazón, porque jadeaba angustiosamente. Traté de romper la caña para arrancarle la flecha, tal como había visto hacer en las películas del Oeste. Pero una cosa son las películas y otra cosa la realidad. Lanzó un alarido y me di cuenta de que le estaba hundiendo la punta todavía más.

Entonces desistí.

Me incliné sobre él.

Lo único que podía intentar era tratar de arrancarle algunas palabras reveladoras.

—¿Por qué? —susurré—. ¿Por qué todo esto, Allister?

Me miró burlonamente, pero con una mueca que el dolor deformaba.

—Quisieras saberlo, ¿eh?

—A ti ya de nada te va a servir llevarte el secreto a la tumba, Allister.

—No. De na... da me va a servir... Pero nunca sabrá... dónde... dónde están los documentos...

—¿Te refieres a los que se guardaban en la caja fuerte de la Indian Export?

No me contestó. Pero yo adiviné por su expresión que había acertado de lleno.

De modo que era aquello...

Rufus Allister, que era un hombre muy rico, pero cuya fortuna quizá se tambaleaba, había querido dar un golpe a lo grande. O quizá era ya un veterano en aquello. Quizá su fortuna procedía de una serie de aquellas «golpes». Se lo pregunté:

—¿Otras veces te has dedicado al espionaje, Allister?

—Bueno... Hice negocios.

—Sería curioso saber cuántas veces has vendido a tu país.

—¿Y eso, maldito, qué... qué... te importa?

—Sólo quiero saber si esos documentos iban a pasar a manos de los chinos.

—¿Y a quién más podían importarle? Además ellos... los

pagaban... Los pagaban muy bien.

—¿Dónde están?

Emitió una risita nerviosa mientras sus labios se iban cubriendo de sangre.

—No lo sabrás... No lo sabrá nadie, condenado...

—¿En tu yate?

—Vuelve a buscarlos allí si te parece...

Comprendí que en el yate no estaban. También comprendí que el tipejo se me iba de las manos por momentos.

Por eso le zarandeeé. Intenté sacarle las últimas palabras que iba a ser capaz de pronunciar.

—¿Y Linda? ¿Qué tenía que ver tu mujer en eso?

—Ella... no sabía nada.

—¿Nancy te ayudó?

—Sí... Nancy... Nancy Taylor tenía relaciones conmigo... Relaciones íntimas... Los dos decidimos unirnos... en este negocio.

—¿De qué modo?

—Vete... al diablo.

Parecía dispuesto a no decir una palabra más. Una debilidad progresiva se iba adueñando de él. Ya no debía sentir ni dolor. Le zarandeeé con brutalidad otra vez intentando hacerle hablar de nuevo.

—Dime... ¿Tu mujer se enteró de tus relaciones con Nancy?

—Sí... Por medio de una llamada telefónica y de una carta que ella imprudentemente me envió... Yo le quité aquellas cartas, junto con otras, para que no tuviera pruebas de una cosa que podía comprometerme tan gravemente... No era un asunto de divorcio, como ella creía... Pero, temiéndolo, te contrató a ti... Y tú te metiste demasiado a fondo... Desde el principio he pensado... He pensado que convenía matarte...

—Y lo has intentado por todos los medios, ¿eh? Contratando a los granujas que hiciera falta...

—Pero tú tenías la piel dura... —masculló Rufus con voz más débil cada vez—. Quizá creíste... quizá creíste que yo había matado a Linda, mi esposa.

—Sí. De verdad lo creí.

—Fue Nancy Taylor... Fue esa maldita ambiciosa, que quería casarse conmigo... No le bastaba una parte de lo que ganáramos...

Lo quería todo... Ella eliminó también a su ayudante, el falso criado al que tú ataste y amordazaste... No fui yo... De verdad que no fui yo... Si aquel hombre hablaba, ella estaba en peligro mortal...

Lo comprendí. Lo comprendí perfectamente.

Él balbució:

—Por eso la he... La he liquidado... Ella estaba jugando demasiado por su cuenta... Me he dado cuenta de que iba a cometer alguna terrible imprudencia, quizá una traición... Me asusté al ver que... que te había traído aquí.

—No me trajo para hablarme de ti —dije—. Has cometido un terrible error, Allister. No te engañó. Ella no te fue infiel.

Los labios de Rufus se curvaron.

Ahora sí que debía sentir dolor.

Su gesto era patético.

—¿Quién robó los documentos? —murmuré frenéticamente—. ¿Quién los tiene ahora? ¿Quién?...

No me pudo contestar.

De pronto quedó tieso en mis manos. Su boca también había quedado rígida. Comprendí que ya jamás volvería a hablar.

Lo solté poco a poco.

Lo más importante, lo más decisivo también, había quedado por contestar. Era algo que quizá no sabría nunca.

Quedé rígido, muy quieto, sintiendo como si mis músculos estuvieran petrificados.

Y en ese momento oí pasos a mi espalda.

En ese momento tuve la respuesta.

CAPÍTULO XIV

SALUDOS DE EXTREMO ORIENTE

Lo primero que pensé fue esto: «Ya estoy listo».

Desde que empezaron aquellos líos, me había sentido encañonado por la espalda varias veces. Ahora tenía que ser igual. Alcé las manos un poco, mientras me volvía sin prisas.

Querrían matarme, desde luego. Pero al menos me daría el gusto de ver la cara del tipo que iba a hacerlo.

Y lo vi.

Era un hombre que no llevaba ningún arma.

Era un hombre que me miraba con los ojos muy abiertos.

Un resucitado. Porque era...

... ¡Era Joe Taylor!

Me quedé tan helado que en el primer momento no supe reaccionar. La aparición de Taylor allí me pareció no asombrosa, sino algo más: increíble. Noté que se me abría la boca. Pero más asombrado —o más hundido— que yo, estaba Taylor, que esta vez sí que era de verdad el hombre que no se moría nunca.

Comprendí que debía haber visto el cadáver de Nancy. Las rodillas le temblaban. Había algo en él que indicaba que iba a caer de un momento a otro. ¡Y cayó!

Pude sostenerle antes de que se estrellara contra el suelo. Lo arrastré hasta una de las butacas y lo tendí en ella para palparle. No estaba herido, sino solamente destrozado desde el punto de vista moral. En el cercano mueble-bar, vertí un chorro de ginebra en un vaso y se lo hice beber poco a poco. Taylor se reanimó. Sus ojos estaban turbios, pero al menos iba a poder hablar.

Balbució:

—Ahora... Ahora debes comprenderlo todo...

—Fuiste tú quien robó la caja de la Indian Export, ¿no? Tú, un verdadero especialista...

—Sí, fui yo.

—¿Quién lo ideó todo?

—Mi mujer... Fue Nancy... Pero yo no sabía que ella estaba de acuerdo con Rufus Allister. Me convenció de que era un trabajo sin importancia... Unos documentos que podría vender luego, pero sin mencionar que podía tratarse de un asunto de espionaje de importancia mundial. Yo mismo, cuando le entregué a ella aquellos documentos... no... no lo sabía.

Le hice beber un poco más de ginebra.

—¿Por qué no te negaste? —pregunté, achicando los ojos.

—Porque yo no le negaba nada a Nancy. Y además... además el robo es mi oficio. ¿Para qué negarlo? Vivo de eso. Ella me dijo que habría buenos beneficios y que no me arrepentiría.

—¿Y la comedia de tu muerte? ¿Qué fue? Empiezo a imaginarlo, pero quiero que me lo confirmes. ¿Cuál era vuestra idea?

—Una persona vinculada a la policía, pero que no fuera de la policía, como por ejemplo tú, tenía que creer sinceramente que ella trataba de asesinarme.

—¿No lo intentó de verdad?

—No... ¡Qué diablos! Me hizo bailar un poco en la cuerda floja, pero en realidad nunca corrí verdadero peligro. En todos los «accidentes», el tiempo y las circunstancias estuvieron cuidadosamente cronometrados para que tú creyeras lo que de verdad creíste. Sobre todo la última vez, cuando ella simuló querer ahogarme en el lago, se dejó ver clarísimamente por ti.

Ahora el que necesité atizarme un trago de ginebra fui yo.

Iba entendiendo perfectamente.

—De ese modo, cuando en California apareciera un cadáver irreconocible con una serie de datos que le daban tu identidad, yo no dudaría de que habías muerto. ¿Cierto?

—Ni tú ni nadie. Estaba previsto que hablarías con la policía, reafirmando mi muerte, y luego te desentenderías del asunto. Todo ocurrió cómo estaba planeado, excepto una cosa: a causa de la intervención de Linda Mac Lane, te metiste en el asunto más y más.

—¿Y no temisteis que yo denunciara a la policía lo que estaba

ocurriendo y la policía interviniera de verdad, hundiendo vuestros planes antes de que los llevaseis a término?

—¿Qué pruebas tenías? Lo cierto fue que no te atreviste a denunciar a la policía lo que creías haber visto.

—Sí... Justamente es eso lo que ocurrió —musité pensativamente—. ¿Pero de dónde sacasteis el cadáver que se quemó en Sausalito? Porque allí había, al fin y al cabo, un cuerpo humano...

Él asintió.

—No es tan difícil sacar de un hospital gratuito el cadáver de alguien al que nadie reclama. Pagando, eso se consigue con cierta facilidad. Yo había exigido como condición indispensable que en aquel asunto no se matara a nadie, y en eso se me hizo caso. Una vez el cadáver en nuestro poder, un especialista le hizo unas prótesis dentales exactas a las mías. Nancy, con una sangre fría extraordinaria, se ocupaba de todo eso; yo ignoraba que el dinero de Rufus Allister estaba detrás. Luego, teóricamente, yo había de desaparecer, y así nadie sospecharía de mí. La posible pista quedaba del todo rota.

—Pero —balbució— entonces te diste cuenta de que había algo más serio detrás de todo aquello. ¿Fuiste tú el que me citó dos veces? ¿Querías hablarme?

—Sí, y te juro que te cité de buena fe. A ti quería contarte la verdad. Pero las dos veces confié en Nancy, sin pensar que ella estaba ligada a Rufus y que Rufus disponía de una cuadrilla de asesinos. Las dos llamadas fueron dos trampas que no pude evitar, aunque la segunda vez, en el pantano, te salvé la vida.

Cerré un momento los ojos.

—Sólo por eso debería perdonarte todo lo demás, Taylor —musité—. Y te juro que hablaré con la policía para que ella también lo haga.

Él hundió la cabeza, sin demostrar la menor alegría, sin hacer caso de aquella noticia que normalmente hubiera debido tranquilizarle.

Me di cuenta de que estaba abatido, destrozado.

Y pensé otra vez que debía haber visto el cadáver de Nancy, que después de todo fue su vida entera para él.

Con un soplo de voz añadió, al cabo de unos instantes que se me

hicieron interminables:

—A mí también hubieran acabado eliminándome; ahora me doy cuenta. Si Nancy había pensado unirse definitivamente a Rufus, en lugar de estar unida a un desgraciado como yo, es evidente que yo sobraba. No hubieran tardado en encontrar algún sistema para acabar conmigo. Pero de todos modos esto es... ¡es tan terrible!

Me di cuenta de que estaba a punto de hundirse.

De que estaba tal vez a punto de echarse a llorar.

No sé por qué, pero me conmoví. Le ayudé a ponerse en pie.

—Vamos —dije.

—¿A dónde?

—Quiero intentar registrar mejor el yate de Rufus. O quizá su armario en los vestuarios del club. Los documentos, hasta que sean traspasados a los chinos, tienen que estar en un sitio bien inocente, un sitio que nadie sospeche. A menos que tú conozcas su paradero, claro...

Él movió la cabeza negativamente, con pesadumbre.

—Sólo Rufus y Nancy lo sabían —musitó.

—Pues entonces vamos al club.

—¿Y dejamos *esto* así?

Era evidente que se refería al cadáver de Nancy. Yo me pregunté qué diablos se podía hacer con él. Y me dije a mí mismo que lo mejor era sacar cuanto antes de allí a Taylor, ponerle en movimiento, obligarle a olvidar.

—Vamos —bisbiseé, conduciéndolo a la puerta.

Y nos alejamos en el mismo coche de Nancy, en el que habíamos venido hasta allí. No nos dimos cuenta de que alguien nos seguía. Ninguno de nosotros miró hacia atrás.

Fue una lástima.

Cuando llegamos a la pared protectora del club, hice lo mismo de la otra vez, aprovechando un momento en que no circulaba nadie por la ancha carretera. Me situé sobre el capó y salté al otro lado. Casi inmediatamente después, saltó Taylor.

La avioneta estaba en su lugar. Y también estaba en su lugar el yate, en el que no se veía a nadie. Me pasé el dorso de la mano por la boca mientras pensaba en lo que valía todo aquello y en que no pertenecía ya a persona alguna. Muerto Rufus, muerta Linda Mac Lane... ¡Infiernos, cuántas personas se habían quedado atrás, con la

boca tiesa, en aquella maldita aventura! Menos mal que, al parecer, yo no iba a ser una de ellas.

Al parecer...

Porque casi enseguida cambié de opinión.

Porque me di cuenta de que alguien estaba subiendo a la avioneta, para ponerla en marcha, y ese alguien era... un amarillo.

Hay muchos chinos y japoneses en los Estados Unidos. Sobre todo chinos. Ellos habitan, por ejemplo, en Nueva York y San Francisco, barrios enteros que tienen la extensión de algunas Ciudades europeas. No había motivo para que aquel fulano me llamase la atención. Pero me la llamó. ¡Y de qué modo!

Bruscamente comprendí el único punto que hasta entonces no había llegado a comprender aún: los documentos estaban en la avioneta. En un sitio que a nadie se le hubiera ocurrido registrar. Y para llevárselos de allí no hacía falta entrar en contacto con nadie. Simplemente se llamaba al club: «El señor Tal y Tal, de raza amarilla, se presentará para dar un vuelo en mi aparato. Tiene mi autorización y llevará una tarjeta mía, de modo que no le pongan ninguna dificultad». Rufus debía haber dado aquella orden antes de morir.

Y ahora el chino, que en realidad era un agente de Mao, se disponía a llevarse el aparato. Muy sencillo. Lo más sencillo del mundo. Le bastaría dejar caer desde baja altura los documentos en algún punto secreto donde estaría esperando un coche. O pasar con la avioneta al Canadá, lo que era más sencillo aún. O ir repostando de aeropuerto en aeropuerto, lo que no llamaría la atención de nadie (en los Estados Unidos son miles y miles las personas que poseen avioneta deportiva), hasta llegar a un punto en que los documentos pudieran ser traspasados sin peligro alguno.

Todo esto lo pensé en cuestión de segundos, mientras veía al amarillo subir a la avioneta. Mis piernas se movieron sin que mi voluntad se lo ordenara. Corrí hacia allí.

El tipo me vio venir. Había sacado una pistola y trató de apuntarme con ella. A mí me pareció muy razonable su actitud, y además me pareció muy razonable que sirviera a su país. Cada uno a lo suyo. Pero no quería que Rufus, aún después de muerto, consumara su cochino negocio.

Taylor fue de nuevo el que me ayudó esta vez. Se había lanzado

hacia la cola de la avioneta y chocó brutalmente con ella, produciendo un estampido que pareció significar el fin de todos sus huesos. Naturalmente no la volcó, pero sí que hizo que el liviano aparato se tambalease. Eso hizo que el chino fallase la puntería, cuando todo en torno suyo tembló. De lo contrario me hubiera alcanzado.

Los dos disparos rompieron la quietud del aire. El chino lanzó un grito. Trató de apuntar otra vez.

Pero yo ya había subido a un ala y estaba materialmente sobre la carlinga. Tiré de él. Era pequeñajo y debía resultar mucho mejor piloto que luchador. Se me escurrió de entre los dedos, mientras resbalaba por el ala tratando de llegar a tierra.

Yo no se lo impedí. Que huyera si le daba la gana. Lo único que me interesaba era hacerme con lo que se ocultaba en el interior de la avioneta. Pero en aquel momento Taylor gritó:

—¡Cuidado!

Me señalaba hacia la derecha. Yo miré hacia allí.

A unas doscientas yardas, sobre la playa, avanzaban un par de tipos que también me parecieron amarillos. Los dos habían sacado pistolas de cañón extralargo y se disponían a acribillar el aparato (conmigo dentro, naturalmente). En un instante comprendí que de allí sí que no iba a escapar.

Todo el terreno era liso y estaba despejado. Aunque saltara de la avioneta no podría ocultarme. Y lo peor sería que aquel par de pájaros acabarían apoderándose de los documentos. Entonces apreté los labios con una mueca de decisión.

No les iba a ser tan fácil acabar conmigo.

Puse contacto. Di gas. La avioneta era excelente y la hélice se puso a girar enseguida. Los dos tipos, mientras tanto, seguían corriendo para buscar una buena posición de tiro.

No se dieron cuenta de lo que pensaba hacer hasta que ya fue demasiado tarde para ellos. Yo había hecho girar el aparato velozmente. Rodaba en su dirección.

Taylor se había arrojado a un lado para evitar que le arrollase, mientras se acordaba de mi padre y de unos cuantos parientes más. Los dos amarillos, en cambios, quisieron liquidarme y no se movieron de sus puestos. Las balas penetraron en el motor. Una de ellas arañó parte de la hélice.

Pero no consiguieron frenarlo. Los dos estaban tan juntos que aquello fue fácil, asquerosamente fácil para mí. Cuando quisieron saltar hacia los flancos, ya resultó demasiado tarde. Dos bruscos golpetazos me indicaron que les había alcanzado de lleno. A uno no le oí ni gritar. El otro aún gemía cinco minutos más tarde cuando todo aquello se llenó de policías y de gente. Fue su declaración precisamente lo que más me sirvió. Porque de lo contrario...

Bueno, puesto el asunto en manos de un fiscal meticulado, diez años de cárcel no me los quitaba nadie.

Y, francamente, encima de no cobrar y encima de quedarme sin chicas, aquello ya hubiera resultado el colmo.

CAPÍTULO XV

DONDE SE DEMUESTRA AQUELLO DE QUE LA CABRA TIRA AL MONTE

Cuando tuve que explicar todo aquello a la policía, se reunió la plana mayor. Nunca he visto a tantos jefazos juntos. Nunca he visto tampoco tantas caras de mala uva. Y tampoco he tenido nunca tanto miedo a que desde el despacho de Kennedy —donde se celebraba la reunión— me llevaran a

Sing-Sing

atado de pies y manos.

Pero afortunadamente no me pasó nada.

Yo había prestado un buen servicio al país. Y el país me lo agradeció en forma de unas palmaditas en la espalda que me dio el teniente Kennedy. Luego los dos agentes del servicio secreto que habían grabado mis explicaciones en cinta, dieron su conformidad y se llevaron los documentos que efectivamente habíamos encontrado en la avioneta.

Documentos a los que, dicho sea de paso, no me permitieron echar una sola ojeada. Al fin y al cabo yo era un sucio pesquiza privado. A saber sí, para poder pagar el alquiler del despacho, vendía lo que sabía a los chinos, con los que, después de todo, tampoco había quedado tan mal.

Puesto que negué que el herido hubiera disparado contra mí, y logré que saliera con sólo tres años de cárcel.

En fin, el asunto había terminado.

Todos los gerifaltes me rodeaban.

Curtis gruñó:

—Seguro que informaremos bien para que te renueven la licencia, muchacho.

Y otro:

—Hasta te daremos un diploma.

Y un tercero:

—Y cuando entres en la Brigada, escupiremos a otro sitio.

Después de aquellas alentadoras palabras, Kennedy murmuró:

—Bueno, y a todo esto, ¿dónde está Taylor?

—¿Para qué lo quieren? Él ya declaró.

—Ha de firmar unos documentos. Simple rutina.

—Está en mi casa —dije—. Lo he tenido alojado allí para que no se sintiera tan solo. Es un buen muchacho, después de todo. Y oigan esto: Yo estoy seguro de que se ha arrepentido. No volverá a robar.

Kennedy me regaló un cigarro.

Era todo lo que la administración iba a hacer por mí. Y aún hube de rogar para que no fuera explosivo.

—Muy bien. Dile a Taylor que venga cuanto antes. No le molestaremos ni diez minutos.

—Lo haré. Y ahora buenos días a todos. Me largo.

Salí de allí y respiré a pleno pulmón. Nunca me han gustado los espacios cerrados, y menos si esos espacios cerrados están llenos de policías. Tomé mi coche —al que ya había reparado el delco— y fui a mi piso para pedirle a Taylor que se diera una vuelta por el despacho del teniente Kennedy.

Pero Taylor ya no estaba allí.

El que no iba a volver a robar, se había largado.

Con todo mi dinero, claro.

Con los únicos ahorros que yo tenía para pagar mis deudas a los honestos representantes de la ley.

Lancé no sé cuántas maldiciones en voz baja.

¡Yo que para ahorrar aquello no había salido con Lyn!

Yo que...

¡Bestia de mí!

¡Merecía que me ahorcasen!

En aquel momento sonó el teléfono.

Era el teniente Curtis.

—Me olvidaba de algo, muchacho —dijo cariñosamente—. Ya estamos hasta las orejas de ti y de tus deudas. Prepárate porque dentro de veinte minutos pasaremos a cobrar.

—Podéis... po... podéis pasar.

Curtis lanzó un gruñido al otro lado del cable.

—¿Te ocurre algo? —preguntó, mientras yo pensaba desesperadamente hacia dónde iría el primer avión que saldría de Chicago.

—Na... nada —barboté.

Y colgué.

El auricular había llegado a quemarme en los dedos.

E iba a soltarlo definitivamente cuando el teléfono sonó otra vez. Lo descolgué con desánimo. Pero esta vez era Lyn.

—Jefe —murmuró.

—¡Lyn! ¿Pero estás tú en el despacho? ¿Qué pasa?

—Nada. Que mi tía ha tenido que ir a pagar la póliza para dos seguros de entierro: el suyo y el tuyo. De modo que ahora estoy yo. Me parece que podríamos celebrarlo, ¿no? Y valdría la pena que no fueras tan idiota como la otra vez... ¿Dónde quieres que te espere?

Yo estuve a punto de dar un salto. ¡Diablos, al menos aquello salía bien! ¡Al menos aquello...!

—Dentro de media hora al final de Marina Bulevar —dije—. Estaremos dos días fuera. Pero oye...

—¿Qué?

—Tendremos que huir de la policía...

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

NOTAS

[1] Agencia que se hizo famosa en los tiempos heroicos del Oeste porque resolvió una enorme cantidad de delitos, en especial los cometidos por los cuatrerros. Su sede radicaba en Chicago, aunque sus agentes estuvieran repartidos por todas partes. (N. del A.). < <